

## LA MARCHA TRIUNFAL

NOVELA EN TRES JORNADAS

Original de

## VICENTE ALMELA



20 Cts.



La PECA CURA, cura y no cura ;  
 (lo dice un cura que nunca peca),  
 no cura males ; pero sí cura  
 del rostro o cutis la obscura peca.

Y en prueba de esto (prosigue el cura),  
 ved un ejemplo : Si enferma un cura,  
 como en tal caso no existe peca,  
 la PECA CURA no cura al cura ;  
 pero, si, en cambio, padece el cura  
 porque en su rostro nació una peca ;  
 sí cura al cura la PECA CURA,  
 porque en los casos que existe peca,  
 la PECA CURA la peca cura.

Jabón, 1,50; Crema, 2,50; Polvos, 2,50;  
 Agua Cutánea, 5,50; Agua de Colonia,  
 3,50, 6, 10 y 16 pesetas, según frasco.  
 Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20  
 pesetas, según frasco.

**ULTIMAS CREACIONES**  
**PRODUCTOS SERIE "IDEAL"**

*Acacia, Mimosa, Ginesia, Rosa de Jericó, Ad-  
 mirable, Matinal, Chipre, Rocío Flor, Rosa,  
 Vértigo, Clavel, Muguet, Violeta, Jazmín.*  
 Jabón, 3; Polvos, 4; Loción, 4,50, 6,50 y 20  
 pesetas, según frasco. Esencia para el pafue-  
 lo, 13 pesetas, frasco en estuche.

**Certé: Hermanos. — (Sarriá). — Barcelona**

**FABRICA DE CORBATAS**

**CAMISAS. GUANTES  
 GENEROS DE PUNTO**

**ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA**  
**12, CAPELLANES, 12**  
**PRECIO FIJO**

**Obras últimamente**

**:-: publicadas :-:**

**DE**

**AUGUSTO MARTINEZ**

**OLMEDILLA**

**RESURGIMIENTO, novela, 3,50 pts.**  
**TEATRO DE MARIONETAS, 3,50 pts.**  
**EL MAL MENOR, novela, 4 pts.**  
**PRIMER AMOR, PRIMER DES-  
 ENGAÑO, novela, 4 pts.**

**De venta en las prin-  
 cipales librerías.**

**MONTANO**

Además de los pianos de esta acre-  
 ditada fabricación, participa al  
 público haber recibido nuevos de  
 Rönisch, de Alemania, y otras mar-  
 cas extranjeras en autopianos.  
**Calle de San Bernardino, 8. Madrid.**

## LA MARCHA TRIUNFAL

## JORNADA PRIMERA

abitación íntima, amueblada con buen gusto.

## ESCENA PRIMERA

TERESA y TOMÁS. *Luego, una DONCELLA. Ambos leen cómodamente sentados. Suenan las once en un reloj.*

TERESA.—Las once, y la peinadora sin venir.

TOMÁS.—Se habrá retrasado.

TERESA.—Es indiscutible.

TOMÁS.—O puede que esté de charla con tu doncella.

TERESA.—Lo preguntaré. (*Llama.*)

TOMÁS.—¿Esperas a alguien?

TERESA.—Sí. A Esperanza y a Enrique.

TOMÁS.—¿Y a nadie más?

TERESA.—A Pilar. La he llamado porque quiero consultarle unas cosillas.

DONCELLA. (*Lateral izquierda.*)—¿Qué desea la señorita?

TERESA.—Preguntarte si ha venido la peinadora.

DONC.—Todavía no, y me extraña, porque ya es la hora de venir.

TERESA.—Tan pronto como llegue, me avisa.

DONC.—Se hará como la señorita desea. (*Sale.*)

TOMÁS.—Esta chiquilla es algo empalagosa.

TERESA.—Pero muy honrada.

TOMÁS.—Sí. Tan honrada como empalagosa.

TERESA.—Todo lo que tiene de empalagosa la honradez.

TOMÁS.—No hay para tanto, querida hermana. La defiendes de un modo...

TERESA.—La defiendo así porque me consta como la atacas tú.

TOMÁS.—Vamos... ¿Es también de las que presumen que les hago el amor?

TERESA.—Es de las que no lo ocultan. Mira, Tomás, de nuevo te pido que no sigas por ese camino. Me estás haciendo la vida imposible. No hay mes en que no tenga que cambiar de doncella.

TOMÁS.—Ya sabes que siempre que puedo te ahorro la molestia.

TERESA.—No digas tonterías. Puesto que prefieres el amor en tus propias barbas, cástate. Eres ya un solterón, con tus cuarenta años cumplidos. No sé para cuando lo dejas.

TOMÁS.—Te digo lo mismo. Porque los treinta y cuatro tú no los vuelves a cumplir. Y Enrique se cansa de tanto esperar...

TERESA.—Enrique debía...

## ESCENA II

DICHOS; ANTONIO y la DONCELLA

ANTONIO. (*Lateral derecha.*)—Buenos días

TERESA.—Buenos días.

TOMÁS.—Hola, Antonio. ¿Hay alguna novedad?

ANTONIO.—Poca cosa. Un Moro que he encontrado esta mañana. Lo he dejado en la tienda.

DOÑC. (*Lateral izquierda.*)—La peinadora  
TER. (*Saliendo lateral izquierda.*)—Gracias a Dios.

### ESCENA III

TOMÁS y ANTONIO

TOMÁS.—¿Te ha costado mucho?

ANTONIO.—Siete duros.

TOMÁS.—Es barato.

ANTONIO.—Una vez restaurado, podemos sacar por él varios miles de pesetas.

TOMÁS.—Perfectamente. ¿Estuviste en casa de esa buena familia?

ANTONIO.—Estuve ayer tarde. Por las señas, el visitante misterioso no puede ser otro que Lamas.

TOMÁS.—Me lo figuraba. Sólo él puede haber descubierto la existencia del cuadro y concebir el proyecto de arrebátarmelo. Pero no lo conseguirá; no lo conseguirá.

ANTONIO.—Buen tonto serías si lo consintieras.

TOMÁS.—No se trata de ser listo o tonto ahora, Antonio, sino de tener dinero.

ANTONIO.—Vaya un problema.

TOMÁS.—Y grande, Antonio. Estoy sin dinero. Yo, que poseo tanto tesoro esparcido por mi casa, no dispongo en este instante de los diez mil duros que necesito entregar mañana para que el Velázquez pase a mi poder. Me ciega la ambición. He realizado muchas compras estos últimos meses. Y estoy sin un céntimo, sin un céntimo.

ANTONIO.—De nada te apuras. ¿Y el crédito? Pocos comerciantes habrá en Madrid que gocen de tu crédito.

TOMÁS.—Entre los usureros. Lo sé. Dentro de unas horas me entregarán todo el dinero que necesitates; pero a un interés crecido.

ANTONIO.— Siempre habrá alguna solución... Pignorar algunos cuadros.

TOMÁS.— ¡Bah! Me darían cuatro cuartos por ellos. Hay otra solución.

ANTONIO.—¿Cuál es?

TOMÁS.—Una solución magnífica: mi hermana.

ANTONIO.—¿Teresa? No lo entiendo.

TOMÁS.—Es muy fácil. Tú no ignomas que tiene relaciones con el Marqués de Simancas. Son unas relaciones un poco raras. El la quiere con locura y desea casarse con ella a toda prisa. Ayer estubo aquí con su madre, que ha venido de Santander con el exclusivo objeto de pedirme la mano de Teresa.

ANTONIO.—Todavía no lo entiendo.

TOMÁS.—Un poquito de calma. Te he dicho que son unos amoríos raros y lo repito. Teresa, que debía darse con un canto en los pechos por la suerte que ha tenido atrapando

un novio millonario, buen mozo, de edad aproximada a la suya—porque Teresa ha cumplido ya treinta y cuatro—, y que la quiere a la desesperada, en cuanto le habla de matrimonio, dice que no y da largas al asunto, como si aún pudiese esperar unos cuantos años.

ANTONIO.—Perfectamente.

TOMÁS.—La madre de Enrique Simancas acaba de construir un magnífico hotel en Santander para que lo habite su lijo cuando se case. Y ella y su hijo, en su afán de vencer la resistencia de Teresa por todos los medios, y con el propósito de asegurarse por entero mi ayuda, están en tratos conmigo para comprarme una colección de cuadros con que decorar el flamante hotel.

ANTONIO.—Empiezo a comprender.

TOMÁS.—Hazme el favor de no sentirte calmoso. Ayer tarde elegimos algunos cuadros; esta mañana acabaremos la selección. Les vendo por cien mil duros treinta lienzos colosales, entre los que figuran dos Murillos, un Goya, un Greco, un Zurbarán y un Tiziano. También podemos endosarles el Moro que has traído tú hoy. ¿Qué te parece?

ANTONIO.—Me parece muy bien.

TOMÁS.—Con ese dinero, mañana formalizo la compra del Velázquez, y con este negocio doy un paso decisivo hacia la fortuna. Porque puedo venderlo muy pronto, por medio millón de francos, al Museo británico.

ANTONIO.—¿Y por qué no quiere casarse Teresa con el marqués?

TOMÁS.—De eso quería hablarte. Es un misterio. Hace seis meses que son novios. Yo creí que estaban muy enamorados el uno del otro.

ANTONIO.—Así lo parece.

TOMÁS.—Sin embargo, la actitud de Teresa... No lo entiendo. ¿Acaso tú, Antonio?

ANTONIO.—¿Yo? ¡Pobre de mí! Desde que reñimos conservamos una fría amistad, y sólo cruzamos de tarde en tarde, cuando es preciso, algunas frases de cortesía.

TOMÁS.—¿Pero no has vuelto a recordarle el pasado, ni a torturarla con tus monsergas amorosas?

ANTONIO.—No, Tomás. Yo me hago cargo de mi situación. Vosotros tenéis un abolengo glorioso; yo soy lijo de un modesto empleado de Hacienda. A tu protección debo el pan que como. Los amores de Teresa y míos eran imposibles. Tú que has hecho por mí cuanto estaba en tu mano, al enterarte de que nos queríamos, te opusiste tenazmente y hasta me amenazaste con despedirme. ¿Qué podía yo hacer? Resignarme.

TOMÁS.—Si tú hubieses tenido una carrera, una profesión decorosa, yo no me hubiera opuesto. Pero así, ¿no resultaba una quimera que pensases en constituir un hogar?

ANTONIO.—Por eso que lo era accedí a terminar con Teresa. Ni siquiera protesté de las calumnias que unos y otros inventaron para desacreditarme ante sus ojos.

TOMÁS.—Yo, no.

ANTONIO.—Es lo mismo. Hice por olvidarla, y la he olvidado. La voluntad obra milagros. Hoy la miro como si fuese la evocación de un sueño, mi vida en otra vida, mi

pasado muerto. Para llegar a semejante diferencia, ¡cuánto he sufrido, Tomás! La amargura si no mata, atrofia. ¡Mi dolor era tan grande! ¡Sólo pensaba en morir! Ahora mi corazón está insensible para volver a soportar un dolor igual.

TOMÁS.—Vamos, no te pongas romántico. Tú siempre fuiste un sentimental.

#### ESCIENA IV

##### DICHOS y TERESA

TERESA. (Con un libro en la mano. Lateral izquierda.)—¿No ha venido nadie?

TOMÁS.—Hasta ahora... (Teresa se sienta y prosigue la lectura.) Hombre, se me ocurre que también podríamos colocarle a Simancas un flamenco de los que tenemos arriba. ¿Qué te parece?

ANTONIO.—Que hace falta en una buena colección de cuadros.

TOMÁS.—¿Por qué no subes y das órdenes para que los limpien? Deben estar cubiertos de polvo.

ANTONIO.—Con mucho gusto. ¿Hago traer el Moro?

TOMÁS.—No; ya lo veré luego en la tienda.

ANTONIO. (Saliendo por el foro.)—Perfectamente.

#### ESCIENA V

##### TERESA y TOMÁS

TOMÁS.—Teresita, Teresín, ¿cómo estás de humor?

TERESA.—Vaya una pregunta. Bien.

TOMÁS.—¿Me perdonas los retozos con las doncellas?

TERESA.—Si me prometes la enmienda...

TOMÁS.—Te lo juro. Comprendo que hago mal. Ya ves que ni siquiera trato de defenderme. Pero tengo disculpa. Mi vida es tan triste, Teresa. Nuestra vida, ya lo sé. Menos mal que hemos podido mantener nuestro decoro y vivir sin aprietos. ¡A costa de cuantos afanes por mi parte!

TERESA.—Y de cuántos sacrificios por la mía.

TOMÁS.—Es cierto. Papá nos había educado para el lujo, las comodidades y el ocio.

TERESA.—Como correspondía a nuestro rango.

TOMÁS.—Mas sin una fortuna que correspondiera a tanta necesidad. Yo bien hubiera querido casarme; tener hijos, que es la ilusión más bella que puede abrigar un hombre; ahorrarme el pedir limosnas de amor por los pasillos a tus doncellas. Pero yo no podía casarme. ¿Qué hubiera sido de ti? Tenía el

deber de ampararte y de ser tu ayuda y tu sostén.

TERESA.—Gracias, Tomás. No necesitas recordarme la gratitud que te debo. Una cosa es que yo te afee debilidades de carácter, que por respeto a mí debías reprimir, y otra que me olvide, ni siquiera un instante, que has sido para mí más que un hermano, un padre. No desconozco que has podido casarte, y en magníficas condiciones, y que quizá no lo has hecho por mí. Te lo agradezco con toda el alma.

TOMÁS.—He querido recordarte la pureza de mi afecto y la sinceridad de mi conducta de siempre para contigo, con el exclusivo propósito de que no achaques a miras interesadas un sano consejo que quiero darte, que tengo la obligación de darte.

TERESA.—¿A qué te refieres?

TOMÁS.—A tu boda con Simancas.

TERESA.—Mira, Tomás, este punto...

TOMÁS.—Vamos a discutir este punto con calma. Desde el momento en que aceptaste libremente, porque yo en nada intervine, las relaciones con él, diste una prueba inequívoca de quererle. Hace ya seis meses que dura vuestro noviazgo. El desea casarse en seguida, y esta boda a quien más favorece es a ti. Simancas procede de una familia muy ilustre, nosotros también; pero él posee una enorme fortuna, y nosotros vivimos gracias a mis cambalaches artísticos; casi por amor al arte. Queriéndole y siendo un enlace ventajoso para ti, ¿por qué no te casas, Teresa?

TERESA.—Ni yo misma lo sé, Tomás. Porque yo soy una mujer sincera, que solo sabe sentir y más que a su pensamiento, escucha a su corazón. No me caso, porque una voz interior me dice que no lo haga; porque al pensar en el matrimonio, en vez de alegría, siento amargura. Una amargura suave, que es como un presentimiento desventurado. Ni yo misma lo sé. Pero mientras no defina esta zozobra y aclare mis ideas y sentimientos, no me casaré. La felicidad de toda la vida no puede comprometerse tan fácilmente.

TOMÁS.—Divagas, Teresa. A mis preguntas, basadas en hechos ciertos, contestas con evasivas. ¿Presentimientos! Admitido. ¿Qué presentimientos funestos puedes sentir al pensar en tu enlace con un hombre elegido por tu corazón, que es todo un caballero, un hijo modelo y que te quiere con verdadera locura? ¿Es eso ni verosímil ni lógico?

TERESA.—En estas cuestiones del corazón, la lógica está siempre en ridículo. Me creas o no, acabo de decirte la verdad. Yo no me niego a casarme con Enrique. Lo único que le ruego, es que espere, que me deje acostumbrar a la idea de que he de ser su esposa, de que he de compartir la vida con él. No es fácil habituarse a pensar en un cambio tan brusco.

TOMÁS.—No puedo dudar de tu sinceridad; sería ofenderte. Además, conmigo no tienes por qué ocultar ningún secreto. Sabes que te quiero con toda mi alma, y que estoy dispuesto a servirte hasta en tus extravíos, si los tuvieras. Ello no se opone a que considere cuánto ocurre anormal. Tú en mi caso, opinarías lo mismo.

TERESA.—Sí. Comprendo que la mayoría de las mujeres, lo que desean es atrapar un marido, sea cómo sea, y si son pobres y huérfanas, con mayor motivo. Un hombre que gane lo suficiente para constituir una familia, es siempre un ídolo para cualquier mujer. Te concederé, si así te place, que soy algo exigente, aunque no puede haber imposiciones en la lealtad que nos debemos a nosotros mismos y a los demás. Nuestros padres nos educaron así, y así será mientras viva.

TOMÁS.—; Pero no comprendes que con esa actitud te expones a que Enrique se cause y se aleje con viento fresco?

TERESA.—Váyase en buena hora. Que no habría yo de sentir la pérdida de lo que me he resistido en aceptar. Sin embargo, Simancas no se comportará de tal modo. Le sobra talento para hacerse cargo de mi crisis espiritual y justificarla. Su orgullo de hombre sufre con mi resistencia, y su amor crece con la espera y las dificultades. Yo siento por Enrique un afecto noble y leal. Créeme, Tomás. Mas que a ti, me interesa a mí resolver cuanto antes esta cuestión. Puedes estar tranquilo. Espero comunicarte pronto una resolución definitiva.

TOMÁS.—Sea cuál sea, la aplaudo de antemano. Preferiría tu boda con Enrique, porque la juzgo en absoluto conveniente para ti. Yo sería el primero en oponerme, si considerase que desde algún aspecto podía causar tu desgracia.

## ESCENA VI

DICHOS y ENRIQUE

ENRIQUE. (*Lateral derecha.*)—La paz sea con vosotros, hermanos míos. El saludo tiene algo de eclesiástico, pero no está mal. Teresa de mi vida.

TERESA.—Hola, Enrique.

ENRIQUE.—¿Cómo te encuentras, Tomás?

TOMÁS.—De perlas. ¿Y tú?

ENRIQUE.—Dispuesto a ser el hombre más feliz del mundo, si tu hermana quiere.

TERESA.—Te deseo las mayores venturas.

ENRIQUE.—Otra te queda dentro. ¿Qué libro es ése? (*Por el que Teresa tiene en la mano.*)

TERESA.—Te vas a reír. El Antiguo Testamento.

ENRIQUE.—Qué me he de reír. Yo también suelo leerlo con frecuencia. Y tú y yo lo estudiamos juntos en el colegio, Tomás.

TOMÁS.—Ya lo creo. Los esfuerzos de voluntad que yo tenía que hacer...

ENRIQUE.—¿Te acuerdas de lo que nos decía el padre Pompilio? "Hijos míos, Dios protege a los buenos, y para conquistar los bienes que se apetecen en este mundo, hace falta tener mucha voluntad. No la voluntad antojadiza y caprichosa que muda, como el aire, de rumbo con frecuencia, sino la voluntad

firme, nacida del convencimiento y dirigida al logro de cosas hacénderas y posibles."

TOMÁS.—Y tenía razón: Una voluntad poderosa, consciente, es siempre un arma temible de combate; si está al servicio de una inteligencia, constituye casi una seguridad de triunfo. La voluntad lo puede todo.

TERESA.—¡Ojalá! No negaré en absoluto su eficacia; pero tendréis que convenir conmigo en que existen todavía esferas del sentimiento y de la dignidad, ante las cuales fracasan los esfuerzos más tenaces y persistentes.

TOMÁS.—Reconozco que hay excepciones.

ENRIQUE.—Ante todo, tendríamos que discutir si la voluntad existe; si cuando más libres nos figuramos y más dueños de nuestros actos, obedecemos las imposiciones de nuestro instinto y las leyes fijas del universo, o procedemos, por el contrario, con arreglo a las indicaciones de nuestra conciencia.

TOMÁS.—Sin meternos en honduras, admitamos la voluntad; la mezquina voluntad individual que a cada uno nos corresponde. Así y todo habremos de convenir que la triunfadora es la voluntad inmutable de la naturaleza, la continuidad con que desarrolla su maravillosa evolución; la vida, en fin, sobre todas las amarguras, las desilusiones y los dolores.

ENRIQUE.—Nuestra voluntad, siguiendo la marcha de la vida, nos conduce a la victoria; oponiéndose a su paso, a la derrota o a la muerte. Derrota o muerte, que nada significan para la vida, porque la derrota supone el triunfo de los adaptados y sobre la muerte, que no es más que una renovación, reina gloriosamente la vida.

## ESCENA VII

DICHOS y ANTONIO

ANTONIO (*Por el foro.*)—¿Quieres echar una ojeada a los flamencos, Tomás?

TOMÁS.—Sí, vamos.

ENRIQUE.—Buenos días, Antonio.

ANTONIO.—Muy buenos días, señor marqués. (*Tomás y Antonio salen por el foro.*)

## ESCENA VIII

TERESA y ENRIQUE

ENRIQUE.—Esta noche última he soñado contigo, Teresa. ¿Qué sueño tan delicioso! Hasta durmiendo vivo para ti. Mi gloria es quererte.

TERESA.—¿Y qué has soñado?

ENRIQUE.—En lo que sueñan todos los que aman. Tú y yo vivíamos solos en una isla

desierta. Había plantas rarísimas y aves de una encantadora voz musical. Nuestro albergue era una cabaña, que yo había construido con árboles del bosque.

TERESA.—Te has levantado de buen talante esta mañana.

ENRIQUE.—¿No me crees? Como un nuevo Robinson, poco a poco conquisté la isla y vencí a los animales, y construí una lancha. ¡Qué paseos nos dábamos las noches de luna por el mar azul! Nuestros hijos, porque ya teníamos dos...

TERESA.—¿Pero todo eso lo has soñado en una noche?

ENRIQUE.—En una noche. Todo eso y más. De lo que no te respondo es de que lo haya soñado despierto o dormido. Pero lo he soñado. Soñar es construir castillos en el aire, vivir con la imaginación la realidad que apetece nuestro deseo, caminar sobre flores hacia un mundo ideal. Y para mí, amarte, desgraciadamente, Teresa, sólo es soñar. Tú eres el ídolo de nieve que al ir a tocarlo nuestras manos, se deshace a los besos del sol.

TERESA.—Yo te quiero, Enrique. ¿Me crees capaz de engañarte?

ENRIQUE.—No. ¿Pero cómo es tu cariño? ¿Con qué levadura de ingratitud o desconfianza está formado? Se parece a un árbol que sólo diera flores y no frutos.

TERESA.—Eres injusto conmigo. Mi afecto es todo lealtad. Por serlo merece tus reproches. Mi corazón no sabe mentir. Te prefiero a cuantos hombres conozco, y no te considero como a un amigo, sino como a un hermano. Tengo en tu discreción absoluta confianza. De tu talento, de tu caballerosidad, no hablemos. Estoy orgullosa de ti. ¿Qué más pides? ¿Que sea tu esposa? Tu esposa, todavía no. Me casaré contigo el día que te pertenezca por entero, que sólo pueda vivir para ti.

ENRIQUE.—Haces mal. En eso radica tu error. No hace falta una pasión novelesca para contraer matrimonio. Basta con profesarse mutua estimación. El amor hondo, entrañable, ese amor sin límites que yo siento ahora por ti, germinará después, cuando seas la madre de mis hijos, en tu corazón, cuando tu vida y la mía formen una sola en el primer fruto de nuestro amor.

TERESA.—¡Después!...

ENRIQUE.—Sí. Porque tengo la seguridad de que has de quererme como te quiero, aspiro a que seas mi compañera. ¿No sería yo un insensato, si procediera de otro modo? Mi amor, despertará el tuyo; el ímpetu de mi cariño irrumpirá gozoso en tu corazón. Te rodearé de tantas atenciones, serás tan feliz... Poco a poco, insensiblemente, te sentirás poseída de la delicia de amar de esa ventura infinita que debo a tus encantos, a la pureza de tu alma, a la diaphanidad de tus pensamientos. Yo sería un egoísta despreciable si no tuviera la aspiración de devolvarte este bien que te debo; si no aspirara a darte cuanto soy y tengo en recompensa de las mercedes que de ti he recibido, Teresa mía, despierta a la voz de mi alma, apiádate de mis sufrimientos, permíteme que viva para siempre prisionero en tu corazón.

TERESA.—Espera, Enrique. No me ator-

mentes más. Confía en mí. Yo deseo quererte así, amarte con locura. Cada día que pasa me siento más tuya, más agradecida a tus atenciones. Espera. El día que yo me crea capaz de amarte como toda buena esposa debe amar a su marido, ese día te lo diré con una alegría inmensa. Yo deseo que llegue ese instante tanto como tú. Ahora, respeta mi actitud, y no reniegues de los frutos tardíos.

ENRIQUE.—Se dice muy pronto... Espera... ¿Conoces tú un tormento mayor que la desesperación? Porque esperar amando es desesperar, sufrir el más atroz de los suplicios.

TERESA.—La fogsidad y la vehemencia de tu carácter no te permiten razonar como es debido. ¿Puedes quejarte de mi lealtad? No. Qué prefieres, ¿que acceda a casarme contigo en estas condiciones, o que ponga a tus solicitudes una negativa transitoria?

ENRIQUE.—Prefiero que accedas a ser mi esposa.

TERESA.—¿Sin quererte lo bastante?

ENRIQUE.—Sí. Hay mujeres a quienes sólo trae una plenitud de amor la maternidad.

TERESA.—Pues así no consentiré jamás en ser tu esposa. Haz lo que gustes. Yo no doy nunca un paso traicionando mis convicciones. Piénsalo mejor.

ENRIQUE.—Si el amor se razonara, no sería amor. Olvida tus preocupaciones, si aspiras a quererme; esas preocupaciones contra las que se estrella estérilmente el mar embravecido de mi pasión.

## ESCENA IX

### DICHOS y PILAR

PILAR. (*Lateral izquierda.*)—Buenos días, Teresina mía. Querido Enrique.

TERESA.—Buenos días, Pilar.

ENRIQUE.—Qué agradable sorpresa. Estás muy guapa, primita.

PILAR.—Figúrate. Para que me den un premio. Vengo de aguafiestas.

TERESA.—Nada de eso.

PILAR.—Se explica. Os estaríais arrullando.

TERESA.—Estábamos en una isla desierta, dando un paseo en lancha por el mar azul, durante una noche de luna.

PILAR.—De luna de miel..., vamos.

ENRIQUE.—Hace ya tiempo que no nos veíamos.

PILAR.—Dos meses justos. En casa de tío Pepe.

ENRIQUE.—¿En casa de tío Pepe?

PILAR.—Sí, hombre. ¿No te acuerdas que almorzamos juntos?

ENRIQUE.—Es verdad. Y lo pasamos muy bien.

PILAR.—A ver.

TERESA.—¿Recibiste mi carta?

PILAR.—Ayer por la noche.

ENRIQUE.—Os dejo.

PILAR.—No, hombre.

TERESA.—¿Dónde vas?

ENRIQUE.—A elegir cuadros. Estoy en tratos con Tomás para comprarle una colección.

TERESA.—Puedes quedarte si lo prefieres.

ENRIQUE.—No; así hablaréis con más libertad.

PILAR.—Ayer vi a tu madre en San José.

ENRIQUE.—Ahora debe de estar allí.

PILAR.—La encontré muy joven y muy guapa.

ENRIQUE.—Los buenos ojos con que la miras. Si estás aquí un rato, es posible que la vuelvas a ver.

PILAR.—¿Tiene que venir?

ENRIQUE.—Sí. En cuanto acabe sus oraciones, que no son pocas. (*Enrique se dispone a salir.*)

PILAR.—¿Hasta cuando?

ENRIQUE.—Hasta luego, o hasta pronto.

PILAR.—Ven a verme un día.

ENRIQUE.—Con mucho gusto. Recuerdos a tu marido.

PILAR.—Gracias.

ENRIQUE.—Adiós.

PILAR.—Adiós. (*Enrique sale por el foro.*)

## ESOENA X

### TERESA y PILAR

PILAR.—Te envidio, Teresa. Tienes el novio más guapo y mejor mozo de Madrid.

TERESA.—Gracias, en su nombre.

PILAR.—¿Y por qué no en el tuyo?

TERESA.—Porque mi voluntad se inclina a romper estas relaciones.

PILAR.—¿Qué estás diciendo, criatura?

TERESA.—Lo que oyes, Pilar.

PILAR.—¿Pero es posible? Después de seis meses de relaciones, ¿ahora sales con esa?

TERESA.—Cuando hace seis meses me habló Enrique de su amor, yo no tuve inconveniente en aceptarle como novio, porque entonces como ahora, le quería, y era para mí lo que es: un modelo de hombres dignos y correctos. Al aceptar su amor, sólo pensé en quererle y en nada más. Poco a poco le he ido estimando, aficionándome a su conversación, a su trato cariñoso. Pero yo no pensé, al principio, en lo que pienso actualmente, en el término natural de nuestro noviazgo. A ti, que eres mi mejor amiga, y que siempre te consulto todas mis cosas, debo hablarte con una franqueza de espíritu asoluta.

PILAR.—Y aquí me tienes dispuesta, como siempre, a darte un consejo leal.

TERESA.—En ti busco ahora la experiencia de la mujer casada. Sábelo, Pilar. Lo que me aterra es el matrimonio con Enrique.

PILAR.—¿El matrimonio con Enrique? ¿Lo que te aterra es casarte con él? No lo entiendo.

TERESA.—Me explico tu perplejidad. Ignoro si son muchas o pocas las mujeres que pasan por el estado de ánimo en que yo me encuentro, antes de casarme.

PILAR.—Háblame con entera claridad. Será mejor.

TERESA.—Debo empezar por afirmarte que yo prefiero a Enrique entre todos mis amigos y que le profeso un afecto firme y leal. Su compañía y su conversación me encantan. Soy la primera admiradora de su talento, de su palabra, de la entereza de su carácter. Además le profeso una íntima gratitud por haberse fijado en mí, que soy una noble arruinada, con el deseo de incorporarme a mi mundo y devolverme las comodidades de antaño. Cuanto te diga en este sentido es poco.

PILAR.—¿Entonces? Incompatibilidad de carácter no será, porque él es bueno como el pan y tú la bondad personificada. En el colegio todas acudíamos a ti en las rabietas, y tú eras el paño de lágrimas de todas.

TERESA.—No se trata de diferencias de carácter. Preferiría que fuese ésta la razón que me separase de Enrique. Yo sabría vencerla con mi voluntad. Se trata de algo más grave. Tú conocerás personas cuya amistad te encanta, pero a las cuales no darías voluntariamente un beso. Hay una simpatía espiritual entre las personas y otra física. El verdadero amor debe fundir las dos simpatías. Pues bien, Pilar: yo sólo siento por Enrique una simpatía espiritual.

PILAR.—Es exacto. Yo he experimentado en algunos casos esa repulsión de que me hablas. Hay personas que repelen, sin que conozcamos la razón, sólo con su presencia, nuestras efusiones cordiales. Y otras que no nosaríamos sin someternos a una seria tortura. Afortunadamente son pocos los seres que nos producen semejante impresión. Pero Enrique, ¿cómo puede inspirarte a ti una sensación tan extraña? Si habrá pocos hombres que despierten a su paso tantas admiraciones femeninas...

TERESA.—No lo sé. El día que por primera vez me habló de que ya debíamos casarnos, un frío intenso me hizo temblar de miedo. En mi espíritu se levantó airadamente una tempestad de protesta. Desde el primer instante me fué imposible aceptar la idea de compartir mi vida con él, de pertenecerle, de entregarme en sus brazos. ¡No! Es un sentimiento superior a mis fuerzas. Cuantos argumentos pueden combatir esta repulsión instintiva me los he formulado estérilmente. El terror, la resistencia subsisten. Y yo te pregunto, Pilar, yo acudo a tu experiencia para que me lo digas: ¿es nuestro pudor ofendido el que nos hace sentir un sentimiento de esta clase, y todas las mujeres lo experimentan, o yo soy la única que me estremezco por una razón que ignoro? ¿Es esto natural en nosotras, o es sólo natural en mí?

PILAR.—Tus preguntas no creo que se pueden contestar categóricamente. Tu caso no tiene relación ninguna con el estremecimiento de expectación, ante lo desconocido, que experimentan casi todas las mujeres al



pensar en el matrimonio. No es tampoco el pudor ofendido, porque no cabe ofensa en el honesto vivir conyugal. Se trata sencillamente de una repulsión física inexplicable, verdaderamente absurda, por tratarse de quien se trata, y que me atrevo a sostener que terminaría el mismo día de la boda.

TERESA.—¡Quién sabe!

PILAR.—Algo de eso me ocurrió a mí.

TERESA.—¿A ti?

PILAR.—A mí. Yo tengo en mi vida un secreto doloroso, uno de esos secretos que no se confían a nadie. El de un amor imposible. Pues bien. Enamorada de otro hombre que nunca se fijó en mí, acepté las relaciones con el que hoy es mi marido, porque no me había de quedar para vestir santos, y me casé con él. Fufú a la boda sin amor, triste por dentro, sonriente por fuera. Mi marido no me era repulsivo, pero tampoco me agradaba. El día que tuve mi primer hijo, empecé a querer de veras a mi esposo. Y aquí me tienes, sino enamorada de él, por lo menos muy contenta de ser su compañera.

TERESA.—También he pensado que este sentimiento mío podría modificarlo el matrimonio. ¿Y si después de casados aumentaba, en vez de desaparecer, el abismo que nos separa? ¡Qué horror! Nuestro enlace sería un tormento constante, una tortura brutal.

PILAR.—No es verosímil. Enrique es un hombre sano, fuerte, vigoroso. Sabría conquistarte muy pronto. Tú debes amar a otro hombre.

TERESA.—No.

PILAR.—¿Has olvidado completamente a Antonio?

TERESA.—Casi.

PILAR.—Habla con él. Su imagen, fija todavía en tu memoria, no deja grabarse la de Enrique. Procúrate una entrevista con él. Si después de verle, sacas la convicción de que aún le quieres, rompe con tu novio. En caso contrario, mi consejo leal, el mejor y más desinteresado de todos, con el que te pruebo que soy una verdadera amiga, es que te cases con Enrique y procures vencer esos escrúpulos pueriles.

TERESA.—Quizá tengas razón.

PILAR.—Por lo menos saldrás de dudas.

TERESA.—Antonio está aquí. Le hablaré hoy mismo.

PILAR.—Entonces te dejo. ¿Vendrás mañana a verme?

TERESA.—Sí.

PILAR.—Hasta mañana.

TERESA.—Y gracias, Pilar.

PILAR.—Si tú supieras... Hasta mañana.

TERESA.—Adiós. Hasta mañana. *(Pilar sale lateral derecha.)*

## ESCENA XI

TERESA y la DONCELLA

TERESA *(Llama. Abismada en sus reflexiones, se enjuga unas lágrimas rebeldes que le asoman a los ojos. Aparece la doncella lateral izquierda.)*—Dígale al señorito Antonio que tenga la bondad de venir.

DONC.—El señorito Antonio está en el almacén con el señorito Tomás y el señorito Enrique.

TERESA.—No importa. Dígale que venga en seguida. *(La doncella sale por el foro. Teresa lee.)*

## ESCENA XII

TERESA y ANTONIO

ANTONIO *(Por el foro.)*—Aquí me tienes, Teresa.

TERESA.—Te agradezco que hayas venido. Es probable que te sorprenda esta entrevista. Te he llamado porque la considero necesaria. En atención a lo que hemos sido, me juzgo en el deber de solicitar tu consejo. Enrique Simancas ha pedido mi mano. ¿Qué debo hacer?

ANTONIO.—Casarte.

TERESA.—¿Tú también?

ANTONIO.—Yo también. Mi consejo no puede ser otro. Nuestro amor se ha extinguido con el tiempo; yo no soy digno de ti... Cástate, Teresa. Aún conservo para ti un afecto fraternal. Tampoco debe sorprenderte mi actitud. Yo sólo puedo proceder así.

TERESA.—¿Y a tu espíritu llega la noticia de mis labios sin que lo subleve la indignación?

ANTONIO.—Hace algún tiempo... quizá, es posible que hubiera sentido un dolor infinito. Pero hoy, Teresa, soy insensible. ¡He sufrido tanto por ti! Vivo indiferente a todo, y sólo apetezco la soledad y el reposo.

TERESA.—Si algún día te consideras desgraciado y acude mi nombre a tu memoria, ten presente que, olvidándolo todo, y por encima de mi condición de mujer, he tenido la confianza de poner en tus manos mi porvenir.

ANTONIO.—No abras la herida de mi corazón, Teresa. Por Dios te lo pido.

TERESA.—Puedes estar tranquilo. Tu presencia acaba de producirme un efecto glacial.

ANTONIO.—Hazte cargo de mi situación. Yo estaba irremisiblemente condenado a perderte.

TERESA.—Este instante ha sido decisivo para los dos. Nuestro pasado está definitivamente muerto.

ANTONIO.—¡Pobre de mí! Te agradezco la prueba de consideración, de amistad que acabas de darme. ¿Deseas algo más, Teresa?

TERESA.—Nada.

ANTONIO (*En un arranque de pasión.*)—¡Teresa!

TERESA.—Nada. Puedes retirarte.

ANT. (*Saliendo por el foro.*)—¡Nada!!

TERESA.—¡Infeliz!

### ESCENA XIII

TERESA y ESPERANZA

ESPER. (*Por la lateral derecha.*) — Hija mía.

TERESA.—Qué tarde viene usted, Esperanza.

ESPER.—Me he entretenido en la iglesia. ¿Salsa de aquí Pilar?

TERESA.—Sí; estuvo aquí un rato.

ESPER.—La he saludado en el portal. ¿Y mi hijo?

TERESA.—Está con Tomás, eligiendo cuadros.

ESPER.—Ayer vi unos muebles de comedor preciosos. En cuanto se formalice vuestra boda los adquiriré para vosotros. Unos muebles sencillos, ingleses, pero muy elegantes.

TERESA.—Usted tiene buen gusto.

ESPER.—Quisiera tenerlo. El hotel que os estoy amueblando en Santander creo que ha de gustarte. Me he preocupado tanto de la ornamentación como de la higiene y del confort. Dentro de un mes estará todo terminado. Realmente, tú has de fijar la fecha de la inauguración.

TERESA.—Ya veremos.

ESPER.—La vida de casada es muy distinta de la que ahora llevas. Yo soy de las que opino que una buena mujer de su casa debe preocuparse seriamente de los distintos menesteres del hogar y saberlos dirigir. No todas las mujeres sirven para eso. Tú, sí. Porque estás acostumbrada a gobernar tu casa y posees excelentes cualidades para ello.

TERESA.—No es lo mismo cuidar a un hermano que gobernar una familia.

ESPER.—La familia son los hijos, y tardan en crecer, y sobra tiempo para habituarse. Es muy fácil.

TERESA.—Sobre todo, lo que hayan hecho otras también puede hacerlo una.

ESPER.—Ya lo creo. Qué ganas tengo de veros instalados en vuestro hotel, que es un verdadero palacio, frente al mar. No os quejaréis del nido que os he procurado. Ya verás qué vida tan diferente es la de casada.

Se cambia, se piensa de otro modo... Son otras preocupaciones, otros sueños...

### ESCENA XIV

DICHOS; ENRIQUE y TOMÁS

TOMÁS (*Con Enrique, por el foro.*)—Me parece que la colección es soberbia.

ENRIQUE.—Preciosa. Mamá, hemos dejado dos cuadros sin escoger hasta que tú elijas.

ESPER.—¿Para qué? Ya sabes que mi gusto es el tuyo.

ENRIQUE.—Ya lo sé. Y tú haces de mí lo que te da la gana. Pero es que hay una Santa Teresa, copia de la de Zurbarán, que a mí me encanta, y una Concepción, copia también de la de Murillo, y no sé con cuál quedarme.

ESPER.—Pues con las dos, hombre.

TOMÁS.—¿Quiere usted pasar a verlas?

ESPER.—Con mucho gusto. (*Esperanza y Tomás salen por el foro.*)

### ESCENA XV

TERESA y ENRIQUE

TERESA.—¡Qué buena es tu madre!

ENRIQUE.—Una santa. Como ella serás tú en mi hogar. La esposa buena, cariñosa y leal, fuente inagotable de venturas.

TERESA.—¡Enrique!

ENRIQUE.—Alma de mi alma. Accede ya a mis ruegos, Desecha preocupaciones. Yo me someteré en todo a tus deseos. Tu voluntad será la mía. Tus caprichos, por absurdos que parezcan, serán deseos para mí. ¿No comprendes que te quiero hasta morir, como sólo se quiere una vez en la vida?

TERESA.—¡Ay de mí!

ENRIQUE.—Dime que serás mi esposa. Dímelo. En mi hogar serás tú la reina. Tú impondrás la ley con tu voluntad.

TERESA.—¡Mi voluntad! Oye, Enrique. Si en un momento determinado te pidiera un gran sacrificio, ¿lo harías por mí?

ENRIQUE.—Lo haría. Te lo juro por mi madre. ¿Consientes al fin?

TERESA (*Cerrando los ojos, resignada.*)—¡Sí!

ENRIQUE (*Besándole las manos, que ella retira suavemente.*) — ¡Gracias, Teresa!  
¡¡Gracias!!

## JORNADA - SEGUNDA

Tocador de Teresa.

### ESCENA PRIMERA

TERESA y ESPERANZA

ESPER. (*En el balcón abierto.*)—¿Qué delicia de noche! ¿Qué dulce y placentera es esta brisa suave que viene del mar! El cielo encanta con su luminosa serenidad. Mira el puerto, Teresa. Resulta fantástico el brillo de tanta luz destacándose en la oscuridad.

TERESA.—Sí. Son luces que parecen hablar de lo infinito, como las estrellas lejanas, en el misterio de la noche. Y el rumor de las olas, del constante batir de las aguas sobre la arena, como una canción de duda, dolorosa, en el silencio de la inmensidad.

ESPER.—¿Qué dices, hija mía? ¿Estás triste? ¿Cansada, tal vez?

TERESA.—No.

ESPER. (*Cogiéndola de las manos.*)—Sí. Estás un poquito febril. Un poquito nada más. Retirémonos del balcón. (*Verrando los cristales.*) No te conviene tomar el aire.

TERESA.—Como gustes.

ESPER.—Tienes el cansancio natural. Llevas dos días de emociones intensas, en que apenas has dormido nada.

TERESA.—Nada.

ESPER.—Aquí descansarás a tu antojo. Ya me irás diciendo todo cuanto necesites, para satisfacer en seguida tus deseos. ¿Te gusta el hotel? Apenas has tenido tiempo de verlo...

TERESA.—Es precioso, Esperanza. Está emplazado en el mejor sitio de Santander. Dominando la ciudad, frente al mar, entre pinares. Me gusta extraordinariamente. Yo siempre soñé con tener una vivienda así. Del buen gusto con que está construido y amueblado, no hablemos. Se advierte en seguida que es obra tuya.

ESPER.—Gracias, hija mía. Todo lo he dirigido con solicitud y esmero... Hasta los cacharros más insignificantes los he colocado en los sitios que ocupan con tanto amor... Si las cosas hablasen, en todos los recintos de la casa oíríais ponderar a vuestro paso mi cariño.

TERESA.—¡Qué buena eres, Esperanza!

ESPER.—Yo no concibo que se pueda ser de otro modo. ¡Si la bondad es el mayor de los egoísmos...! Cuanto yo haga en beneficio tuyo y de Enrique por vuestra felicidad, ¿no lo hago por mí misma? Sola en el mundo, vosotros lo sois todo para mí. Hacer el bien para que llegue luego centuplicado a nosotros, ya ves qué bondad.

TERESA.—La mayor de cuantas se conocen. Porque tú no sólo favoreces, sino que siembras. En ti me miraré yo siempre como en un espejo.

ESPER.—Gracias, hija mía. ¿Te encuentras mejor?

TERESA.—Un poco, sí. Cansancio no siento; pero tengo un dolorcillo en las sienes bastante molesto.

ESPER.—¿Quieres tomar un té?

TERESA.—Ahora no.

ESPER.—Como gustes. Estás en tu casa, y aquí nadie manda más que tú.

TERESA.—Si fuera así...

ESPER.—¿Lo dudas?

TERESA.—No.

ESPER.—Hasta hoy fui yo la dueña de la casa; desde hoy lo eres tú.

TERESA.—Extremas tu amabilidad conmigo demasiado. Si mi madre viviera no haría más por mí.

ESPER.—Es mi deber y mi gusto. Aspiro a heredar su puesto en tu corazón. Tu madre sí que era una santa. Hace muchos años muchos, más de cuarenta quizá, que una noche, también alegre, me acompañaba ella, como te acompaño yo hoy a ti, en mi noche de bodas. A pesar del tiempo transcurrido, lo recuerdo todo como si fuera ayer. ¡Quién había de decirme a mí entonces que, rodando los años, se unirían también los frutos de nuestras entrañas, y que el cariño fraternal que siempre nos tuvimos tu madre y yo se fundiría en uno solo en el primer nieto de nuestro amor! (*Llora.*)

TERESA.—¡Si mi pobre madre viviera...! ¡Qué dicha tan grande tenerla ahora conmigo!

ESPER.—Aquí me tienes a mí, que te quiero con toda mi alma.

TERESA.—Es verdad, madre mía. (*Se abrazan.*)

ESPER.—No nos pongamos lloronas. Si llega Enrique puede asustarse.

TERESA.—Tienes razón.

ESPER.—Está el pobre tan contento. Tú no sabes aún cómo te quiere.

TERESA.—Sí lo sé.

ESPER.—Con una vehemencia, con un impetu, con un orgullo... Estos parientes nuestros no se hacen cargo de nada. Le estarán abrumando a preguntas. Tiempo hay de sobra. Como si no. Emperrados en que se han de enterar hoy de todo. Cuidado si se lo he repetido veces. "No les digáis nada, que venimos molidos del viaje. Hemos pasado la noche en claro. Y para postre, hemos tenido una *panne* al salir de Burgos." Inútil. Como si tal cosa. Sobre todo, mi hermano Eduardo es de lo más preguntón que darse puede

TERESA.—Déjalos. Es natural.

ESPER.—No es natural, hija mfa. El sentido común no es muy frecuente; pero lo que es el sentido de hacerse cargo abunda menos cada día. Vosotros estaréis deseando quedarnos solos...

TERESA (*Aterrada*).—¿Qué?

ESPER.—¿Has oído algo? ¿Qué tienes?

TERESA.—Sí; me pareció...

ESPER.—Estás nerviosa. Vamos, Teresa. ¿Qué has oído?

TERESA.—No sé... Un ruido extraño.

ESPER.—Será la sirena de algún buque que sale del puerto.

TERESA.—Tal vez.

TERESA.—Seguro. Debías tomar algo antes de acostarte.

TERESA.—Gracias. Te lo repito. No tengo gana de nada.

ESPER.—Insisto porque creo que te habrías de sentir bien.

TERESA.—Es posible. Luego...

ESPER.—Noche inolvidable ésta tuya, Teresa. Principio de una vida nueva, que nos confirma, como ninguna otra, que el alma del mundo es el amor.

## ESCENA II

### DICHAS y ENRIQUE

ENRIQUE (*Lateral izquierda. Muy jovial.*) Vaya. Por fin nos dejaron casi solos, querida Teresa.

ESPER. (*Disponiéndose a salir.*)—Ese casi va por mí.

ENRIQUE.—Qué ha de ir por ti. Siéntate.

ESPER.—No quiero que me llames pesada.

TERESA.—Siéntate, Esperanza. Haznos un rato compañía. ¿Qué hora es, Enrique?

ENRIQUE.—Ya son las diez. Quédate quince minutos más.

TERESA.—O una hora. Por nosotros no lo hagas.

ESPER.—Bueno. Estaré quince minutos más. Así como así, no tengo sueño. Todavía, cuando os deje, me pondré a leer. Es mi costumbre. Bien lo sabes tú, Enrique.

ENRIQUE.—No he de saberlo. Figúrate, Teresa, que en Madrid no se acostaba ninguna

noche hasta que yo iba a casa. Siempre me la encontraba en su habitación, con un libro en la mano, esperándome. Y siempre sonriente, solícita, cariñosa. (*Abrazándola.*) "Te adoro, mamá."

ESPER.—Quita, moscón. No es a mí a quien debes abrazar.

ENRIQUE (*Abrazando a Teresa.*)—Te adoro, mujercita mfa.

TERESA (*Ocultando su miedo.*)—Déjame, Enrique. No me encuentro bien.

ENRIQUE.—¿No te encuentras bien? ¿Qué tienes? Dios mío, ¿Enferma? No es posible.

TERESA.—Fatiga, algo de jaqueca. Nada; pero estoy un poco mareadilla.

ENRIQUE.—Y debilidad. Eso es también debilidad. Apenas has comido hoy. Me he fijado muy bien.

ESPER.—Voy a pedir que te traigan un ponche caliente. ¿Tú quieres otro? (*Llama.*)

ENRIQUE.—No.

TERESA.—¿Para qué lo pides? Si no tengo gana...

ESPER.—Te lo bebes de dos sorbos. Es necesario. Te sentará bien. (*A un criado, que entra por lateral izquierda.*) Un ponche caliente, en seguida. (*Sale el criado.*)

ENRIQUE.—El tío Eduardo se ha empeñado en que te diga que desea pases una noche muy feliz.

TERESA.—Gracias.

ENRIQUE.—Mañana te preguntará si te lo he dicho.

ESPER.—Ese Eduardo es de plego.

ENRIQUE.—Figúrate. He tenido que contarles la boda con toda clase de pormenores y detalles. —¿Cuándo os casásteis? —Ayer. —¿Por la tarde? —No, por la noche. —¿Quién os casó? —El obispo de Alcalá-Madrid. —¿Quién fué el padrino? —El presidente del Consejo. —¿Y madrina? —Mi madre. —¿Mucha gente? —No. Poca, pero escogida. —¿Qué hicisteis después de la boda? —Cenar. —¿Y luego? —Montamos en el automóvil mi madre, Teresa y yo, y nos hemos venido aquí. —¿Habéis tenido algún accidente en el camino? —Sí, una *panne*. —¿Y a qué hora habéis llegado? Como comprenderéis, al hacerme esta pregunta, ya no me he podido contener. Porque él estaba aquí esperándonos, y sabe mejor que nosotros que hemos llegado a las ocho, es decir, hace dos horas. Le he dicho las trescientas.

ESPERANZA.—Lo tiene bien merecido. Es un infeliz, el pobre, Pero preguntando, abruma.

ENRIQUE.—Menos mal que le dió por ser ingeniero. Si llega a ser catedrático, acaba con el prestigio de Herodes.

TERESA.—A mí una de las cosas que más me cargan es encontrarme con una persona preguntona.

ESPER.—Sí. Eduardo resulta fastidioso. Pero en el fondo es un ángel. Calcula si se necesita resignación para vivir contento con la mujer que tiene, que es de caballería, y siete hijas.

TERESA.—¿Siete hijas?

ESPER.—Y las siete solteras.

TERESA.—Es para volverse loco.

ENRIQUE.—Y está un poco chiflado, no va-

yas tú a creer. Hace un rato, y sin venir a cuento, nos explicó de pronto a dos o tres amigos y a mí cómo se verificó el rapto de las sabinas.

ESPER.—Cualquier cosa... Pues figúrate tú el número de preguntas que le harán a él, cuando llegue a casa, las ocho mujeres reunidas, a propósito de vuestra boda.

TERESA.—Es para tenerle lástima. *(El criado entra por la lateral izquierda y deja el ponche en un velador. Luego se retira por el mismo sitio.)*

ENRIQUE.—Así está el pobre de salud.

ESPER.—Y de dinero. Porque, a pesar de su fortuna y de lo mucho que gana, no tiene nunca dos pesetas. Anda, Teresina, bébete el ponche a sorbitos.

TERESA *(Probándolo.)*—Está muy caliente. Ahora lo tomaré.

ESPER.—Bueno, hijos míos...

TERESA.—¿Te vas ya?

ESPER.—Sí.

TERESA.—No. Quédate un poco más.

ESPER.—Se hace tarde.

TERESA.—No te vayas aún.

ESPER.—Ya pasó el cuarto de hora. Hasta mañana. Os deseo una noche feliz. ¡Hija mía...!

TERESA *(Abrazándola y besándola.)*—¡ Madre mía!

ESPER.—Hasta mañana, hijita. Que no dejes de tomarte el ponche. Te entonará mucho.

TERESA.—No pases cuidado.

ESPER.—Adiós. Enrique.

ENRIQUE.—Adiós, mamá.

ESPER. *(Desde la lateral izquierda.)*—Si necesitáis algo, llamadme. Esta noche me acostaré muy tarde.

TERESA.—Muy bien.

ENRIQUE.—Vete tranquila.

ESPER.—Buenas noches.

TERESA.—Buenas noches, Esperanza.

ENRIQUE.—Adiós, mamá. *(Enrique cierra la puerta al salir Esperanza.)*

### ESCENA III

TERESA y ENRIQUE

TERESA *(Preso de un pánico instintivo, al ver que Enrique cierra la puerta.)*—¿Qué haces, Enrique?

ENRIQUE.—Ya lo ves: cerrar.

TERESA.—¿Para qué?

ENRIQUE.—Para que nadie nos moleste. Pero si te disgusta, abriré.

TERESA.—Sí, abre. No es verosímil que nos moleste nadie. En la casa sólo están los criados, y ninguno ha de venir, si no llamamos.

ENRIQUE.—Tienes razón.

TERESA.—No me gusta encerrarme. Me horroriza. Puede ocurrir un incendio, un accidente cualquiera, ¡qué sé yo!

ENRIQUE.—Muy bien. Es verdad. No se

hable más del asunto. Aquí tu voluntad es ley.

TERESA.—Así me lo juraste el día que acedí a ser tu esposa.

ENRIQUE.—Y así será mientras vivamos. Es mi amor tan grande, Teresa. Ya no sé cómo decirte que te quiero. La palabra humana es muy torpe para expresar la intensidad y los matices de nuestros sentimientos. Ya que no puedo, que no sé decirlo con palabras, te lo demostraré con actos. ¡Es tan hermoso sustituir la voluntad por el amor!

TERESA.—Eres muy bueno para mí.

ENRIQUE *(Cogiéndola del brazo y acariciándola una mano, que ella retira tan pronto como le es posible.)*—Siento una emoción tan extraña, Teresa. ¡He sufrido tanto al pensar en este momento venturoso, que ha sido el sueño de mi vida! Mi corazón está alegre y esperanzado. Pensando en ti me lo repito mentalmente: "Teresa es mía, mía, mía, ¡mía!" ¡Qué felicidad! Vivir y soñar con la transparencia de pensamiento y la ingenuidad de un niño.

TERESA.—La verdadera felicidad descansa en el bien, y el bien es todo inocencia. Por eso las alegrías sanas son infantiles.

ENRIQUE.—Infantiles, sí. Dios me parece más grande en el portal de Belén que en un retablo con barbas fluviales. Tú no me quieres, aun como yo te quiero. Lo sé. No es un reproche, Teresa. Lo digo porque no puedes comprender la pujanza de mi cariño, que me adormece el alma como en un éxtasis; este placer de tenerme a mi lado, de pensar que he de consagrarte mi vida en todo instante, para hacer tu felicidad.

TERESA.—Si creo firmemente en tu amor, Enrique.

ENRIQUE.—Me pone tan contento decirte lo. No te lo he contado nunca; pero pensando, en uno de esos instantes en que sin saber por qué repasamos nuestra vida, recordé hace poco que yo comencé a fijarme en ti cuando apenas era un muchacho. Fué una tarde de primavera en el Circo. Tú estabas en un palco con tu familia. Yo vi primero a tu papá, que por entonces era capitán general de Madrid, y luego mis ojos se quedaron fijos en tu linda persona. Llevabas un traje azul con adornos blancos de encaje. Sobre tu pecho descansaba ese tu divino pelo negro, peinado en trenza. ¡Qué bonita estabas! Desde mi silla de pista te contemplaba embobado. Entre dientes decía: "Me gusta. Me gusta". Cada vez que un clown me hacía reír, miraba a tu palco, para ver si tú te reías también. A la salida te seguí, y después de llegar a tu casa, estuve más de una hora frente a tus balcones, esperando inútilmente que tú te asomaras a ellos.

TERESA.—No recuerdo yo.

ENRIQUE.—Si tú ni siquiera te fijaste en mí. Buena estabas tú para pensar en noviazgos, con tus doce años mal cumplidos y tanto payaso gracioso en la pista del Circo.

TERESA.—Es posible que aquella tarde...

ENRIQUE.—Seguro. Vete tú a saber los secretos del corazón. Aquella tarde cayó la

semilla en mis entrañas de este amor infinito. Germinó lento, silencioso, como esos incendios voraces que al estallar lo envuelven todo en una llama. Siempre que te veía en teatros y en paseos me ponía muy alegre, te saludaba muy afectuoso...

TERESA.—Eso es verdad. Yo decía siempre de ti que eras un muchacho muy fino.

ENRIQUE.—Y muy guapo.

TERESA.—¡ Hombre!

ENRIQUE.—No es vanidad. Me lo contó mi madre una vez; "Teresita Carvajal me ha dicho hoy de ti que eres muy fino y muy guapo".

TERESA.—Sí, es posible.

ENRIQUE.—No se me olvida la frase. Un elogio de mujer y de mujer bonita, transforma en necio al hombre más sensato. ¿Y el ponche, Teresa? ¿No te lo bebes? Debe estar frío. (*Tocando el vaso.*) No. Está bien. Pruébalo.

TERESA. (*Bebe.*)—Está tibio y muy agradable.

ENRIQUE.—¿Me dejas beber un poco?

TERESA.—Puedes beber lo que queda. Yo no quiero más.

ENRIQUE. (*Bebe.*)—Sí que estaba agradable. ¡Ya sé cómo saben tus labios...

TERESA.—Vamos, no te pongas tonto.

ENRIQUE.—...A gloria pura (*Queriendo acariciarla.*)

TERESA.—Formalidad, Enrique. Déjame ahora. Charlemos. A ver si el dolor de cabeza se me pasa.

ENRIQUE.—Como gustes. Encenderé un cigarrillo y luego nos iremos a dormir.

TERESA. (*Mientras Enrique enciende el cigarrillo dará muestras del horror que le inspira la idea. Con gran emoción.*)—Sí. Ya lo necesitamos. Después del viaje..., de pasar dos noches sin dormir...

ENRIQUE.—¡Figúrate! Todos estos ajetreos de las bodas parece que los organizan nuestros enemigos. Al este divino momento de intimidad llegamos molidos.

TERESA.—No está mal. Ya descansaremos.

ENRIQUE.—Y después, dentro de quince o veinte días a corretear por el mundo seis meses, un año, dos, cuanto haga falta. Quiero que conozcas todas las maravillas, paisajes y poblaciones bellas que contiene nuestro planeta.

TERESA.—Pues no se necesita tiempo para eso.

ENRIQUE.—Menos del que tú piensas. El mundo es tan chico... Cuando se ha viajado tanto como yo, carece de secretos. Tú lo verás.

TERESA.—A mí me gusta mucho viajar. Me encanta.

ENRIQUE.—Y a mí. No te descubro nada nuevo. Como sabes, me he pasado la vida viajando.

TERESA.—¿Y no te ha ocurrido nunca accidente extraño?

ENRIQUE.—Nunca. Ahora se viaja con tantas seguridades.

TERESA.—¿Pero algún amor romántico ya habrás tenido? Anda, cuéntamelo.

ENRIQUE.—Te aseguro que no. Coquetearías de viaje.

TERESA.—Bueno. Cuéntame una coquetería de esas.

ENRIQUE.—Si no tienen importancia. Es lo que hacemos todos los hombres. ¿Que vemos a una mujer guapa en el tren? Pues la miramos, la dirigimos un piropo y hacemos todo lo posible para que nos mire y nos demuestre agrado. Figúrate. Conquistas de pillines. Cada cual sigue su camino y la cosa, como es natural, no pasa a mayores.

TERESA.—No digas. Alguna de esas conquistas te habrá llevado lejos.

ENRIQUE.—Sin afán de hacerte un chiste, te diré que en cierta ocasión comencé por interesarme una rusa en Milán, y acabé por seguirla hasta el mismo Petrogrado.

TERESA.—¿Y cómo acabó el lance?

ENRIQUE.—En un catarro formidable que me tuvo en cama, tosiendo y sudando, varios días. Cuando salí a la calle la pájara había volado del hotel donde vivía sin dejar una huella de su rumbo.

TERESA.—¿Has pensado ya en el itinerario de nuestro viaje?

ENRIQUE.—No. Estos días lo convendremos juntos. Te he de enseñar mi colección de fotografías. Tengo más de diez mil.

TERESA.—¿Tantas?

ENRIQUE.—Pasan de diez mil. Ya lo creo. Me propongo que las vayas viendo despacio en los ratos de ocio, y que visitemos luego los lugares que más te gusten. Ya verás. Algunas fotografías son verdaderas obras de arte. Sonó la flauta por casualidad.

TERESA.—Tú tienes fama de ser un buen aficionado.

ENRIQUE.—Como no sé escribir ni pintar, desabogó mi afición al arte haciendo fotografías. Mañana veremos las que te hice hoy al salir de Burgos.

TERESA.—Toda despeinada y con el traje-cito de viaje, estaré hecha una facha.

ENRIQUE.—No lo creas. Estabas preciosa. (*Pausa breve.*) Teresa de mi alma, se acabó el cigarrillo.

TERESA.—Enciende otro.

ENRIQUE.—Deben ser ya las once. Y la cama nos espera. (*Asomado a la lateral derecha.*) Esta benigna y placentera cama nupcial.

TERESA.—Ven, Enrique. Me encuentro un poco mejor. Fímate otro cigarrillo. Siéntate. Obedece. Tú debes ser dócil conmigo. No admito réplicas.

ENRIQUE.—Conforme. Hágase tu santa voluntad. (*Abrazándola.*)

TERESA. (*Desprendiéndose de los brazos de Enrique y ofreciéndole un cigarrillo.*)—Aquí tienes el cigarrillo. (*Ofreciéndole una cerilla.*) Toma enciende. Ahora sé razonable y siéntate. Tenemos que hablar.

ENRIQUE.—¿De qué?

TERESA.—De cosas. De lo que estamos hablando. Tu conversación me gustó tanto, que no me canso nunca de oírte.

ENRIQUE.—Soy un excelente charlatán; convenido. Si un día me arruinase me dedicaría a vender específicos en las plazuelas, con un gorro turco y unas barbas grandes, postizas.

TERESA.—Y al poco tiempo volverías a ser rico.

ENRIQUE.—¿Vendiendo específicos?

TERESA.—Claro.

ENRIQUE. (*Abrazándola.*)—¡Eres adorable!

TERESA.—No. Mira, Enrique. Seriamente te lo pido. Déjame. Estoy muy nerviosa, mareada. No lo tomes a mal; pero te agradecería tanto que esta noche supieras respetarme.

ENRIQUE.—¿Existe para ti alguna molestia en mi actitud?

TERESA.—Ninguna. Si tú eres la corrección en persona. Es que no sé explicarme. Hazte cargo. ¿No me comprendes?

ENRIQUE.—No te comprendo.

TERESA.—¿Cómo te diré yo? Figúrate que somos novios todavía. Eso es. Mañana, otro día, cuando recobre la tranquilidad, tiempo habrá para que hablemos de nuestro amor.

ENRIQUE.—¿Mañana? ¿Otro día? Ahora lo comprendo menos, o lo entiendo demasiado. ¿Qué significan en el fondo tus palabras, Teresa?

TERESA.—Ya te lo he dicho. No lo interpretes mal. Llevo dos días sin dormir; añade el ajeteo del viaje, las emociones naturales. ¡Todo! Hazte cargo, Enrique. No te pido un absurdo, sino una cosa natural y lógica.

ENRIQUE.—Parece natural y lógico; pero no lo es. No discuto tu cansancio, porque es legítimo, y a mí me ocurre también lo mismo. Lo que discuto es tu actitud. Diríase que me temes, que cada vez que me acerco a ti tiemblos de pies a cabeza.

TERESA.—Eso ya son aprensiones tuyas. Me disgusta que lo digas.

ENRIQUE.—Teresa, óyeme bien, fíjate en lo que voy a decirte. Para llegar a los afectos firmes, a las amistades leales en la vida, no hay más que un camino: el de la verdad. No temas nunca ser sincera conmigo. Yo soy de los hombres a quienes solo mata el engaño y la mentira. Venga siempre la verdad en buena hora, por dura que sea. Acabas de traicionarte a ti misma.

TERESA.—No digas eso.

ENRIQUE.—Sí. Acabas de traicionarte. Has hecho mal. Ya me irás conociendo íntimamente. Quiero que tengas para mí la diaphanidad del cristal, como yo he de tenerla para ti. Contéstame, pues, noblemente, sin reservas, con el corazón en la mano. Teresa, ¿por qué me huyes?

TERESA.—Si no te huyo.

ENRIQUE.—¡Otra vez! No estoy ciego, Teresa. No lo estoy. ¿Quieres negarme lo que ven mis ojos, lo que aprecian mis manos, lo que adivina mi corazón? ¿Por qué me huyes?

TERESA.—Serénate, Enrique. Si no te huyo...

ENRIQUE.—Estoy muy sereno, Teresa. Por mucho que niegues, no has de convencerme de lo contrario. Lo notaba, lo veía, pero no creía creerlo. ¿Cómo había de creerlo, si resultaba absurdo? Y sin embargo, no lo es. Siempre que te acaricio, que te retengo en mis brazos, te pones pálida, tus ojos miran aterrados, desfallece tu voz... ¿Por qué, Dios mío, por qué? Dime la verdad. Háblame claramente. ¿Por qué?

TERESA.—¡Lo ignoro!

ENRIQUE.—Bien. Me complace que tácitamente lo afirmes. Ya ves que ni siquiera protesto; que sé dominarme y contener la indignación que me destroza las entrañas. Pero yo necesito saber la causa, el motivo de tu aversión. Habla. ¿Qué te han dicho de mí? Yo soy un hombre sano, que supo sacrificarse por sus hijos antes de tenerlos. Habla. ¿Por qué te inspiro terror?

TERESA.—No te exaltes, Enrique. Ten piedad de mí.

ENRIQUE.—Si quiero tenerla. Si en mi actitud hay una gran piedad para ti. Pero explícame, lo necesito. Espero que no me obligarás a que te lo exija.

TERESA.—Sería inútil. Como advierta en tu lenguaje la más insignificante violencia, nuestra entrevista habrá terminado.

ENRIQUE.—Eso no será sin que hables.

TERESA.—Eso será como a mí me plazca.

ENRIQUE. (*Dominándose.*)—Como a ti te plazca. Admitido. Todo es cuestión de palabras. Explícame ya, te lo ruego, te lo ruego con la mayor cortesía, que me aclares las razones que determinan tu actitud. Hazlo por piedad, si quieres. Por la piedad que invocabas para ti. Yo no puedo soportar más tiempo esta tortura infernal.

TERESA.—No sé cómo decirlo... Yo te quiero, Enrique, te quiero, no lo dudes...

ENRIQUE.—¿A qué mala casta de hombres estúpidos crees tú que pertenezco? Entre nosotros no es posible hablar de cariño.

TERESA.—Me creas o no, te digo la verdad, con toda rudeza, como tú pedías. No me lo reproches. Créeme, porque mis labios no tienen que arrepentirse de haber engañado nunca a nadie. En cuanto hago y digo, ¿no adviertes muy claramente que soy una mujer que no sabe fingir? Créeme. Yo te quiero Enrique.

ENRIQUE.—¡Oh!

TERESA.—Yo te quiero, Enrique. No hay hombre en el mundo a quien yo quiera más que a tí. Por eso soy tu esposa; porque te prefiero a todos. Pero es que el cariño no basta.

ENRIQUE.—¿No basta?

TERESA.—No basta. Entre nosotros no se ha establecido gradualmente esa afinidad que funde a dos seres en uno solo. Esta es la razón. Vivamos juntos, Enrique; soñemos juntos. Día vendrá en que sin darme cuenta caeré en tus brazos estremecida de amor. Llegará ese día; quizá muy pronto, y entonces será la mujer más feliz de la tierra.

ENRIQUE.—No te creo; no puedo creerle. Eso son astucias de mujer. Tú no me has querido nunca. ¡Nunca! Tú amas a otro hombre.

TERESA.—Me ofendes, Enrique.

ENRIQUE.—Tú amas a otro hombre, en quien piensas ahora, y por eso me rechazas a mí. Sí. Tú estás enamorada de Antonio.

TERESA.—¿Qué obcecación!

ENRIQUE.—No me lo ocultes. Tú estás enamorada de Antonio.

TERESA.—No te consiento que hables así.

ENRIQUE.—Ha sido tu primer amor. Si lo sé; lo sé todo. Estás loca por él. Reñiste

por que te obligó tu hermano; por que Antonio es un calavera que no tiene dónde caerse muerto. Ya que tú no quieres decirme la verdad, la oírás de mis labios. Yo te la diré.

TERESA.—Es cierto. Antonio fué mi primer amor. ¿Te lo he ocultado yo acaso? ¿!Por quién lo has sabido tú, si no por mí? Cuando me ofreció su amor, le acepté sin fijarme en su posición social, en su porvenir. Sólo pensé en que me era simpático y en que me inquietaba el corazón. Yo estaba en esa edad en que se ama sin amar; en que nuestro pensamiento, nuestra sangre, nuestro corazón, necesitan un ídolo a quien querer. Y poniendo todas mis ilusiones en él, me enamoré de Antonio, más por deseo de amar que por amor mismo. Después, en el curso de nuestras relaciones, a medida que le conocía, perdía Antonio en mi estimación. Noté que era de pocas luces, vicioso, apocado de ánimo. Me daba pena despedirle. Hasta que un día, tomando como pretexto un escándalo que había dado con otros amigos, le plaité en la calle. Me produjo la ruptura una gran amargura, que no tardó en ser tristeza. Acababa de destrozarse el ídolo de mis sueños juveniles, de mis ambiciones de felicidad. No pensaba en él; pensaba en mis ilusiones, desvanecidas y muertas.

ENRIQUE.—Frases...

TERESA.—No me ofendas. Sinceridad. El día que tú me hablaste de matrimonio, sentí por primera vez la extraña emoción que ahora experimento. Llena de inquietudes, de zozobras, le consulté el caso a Pilar, a tu prima Pilar, mi mejor amiga. Y por consejo suyo hablé con Antonio, y le hice saber mi proyecto de enlace contigo. La entrevista no pudo ser más favorable para ti. Antonio no me produjo impresión alguna. Le vi y le hablé con la más absoluta indiferencia, y de la comparación saliste ganando tú. Apenas existe diferencia entre vosotros dos. Esta es la verdad, Enrique. Toda la verdad.

ENRIQUE.—En este instante me parece que soy víctima de una pesadilla. Todo esto es tan anormal, tan sorprendente. ¿Cómo te he de creer, Teresa, si dices que me quieres y huyes de mí? ¿Cómo he de creerle, si me rechazas, y el cariño es todo atracción?

TERESA.—Debes creerme por la nobleza de mis palabras. Yo pensé llegar a este instante curada del espanto que me producía la idea del matrimonio. Me ha engañado el deseo. Recuerda que antes de acceder a ser tu esposa, el mismo día que te di palabra de serlo, como garantía y seguridad de mis escrúpulos, sin que tu adivinaras el motivo, te pregunté si sabrías sacrificarte por mí en el caso de que fuese necesario.

ENRIQUE.—Lo recuerdo.

TERESA.—Pues al preguntártelo, al exigir tu promesa pensaba en esta noche, en este instante decisivo para los dos. ¿Me crees ahora? Quise tener entonces la seguridad de que no debía preocuparme del porvenir. Y en tu palabra fio.

ENRIQUE.—Te cumpliré mi palabra. Pero yo no sé si podré soportar la tortura a que me sujetas.

TERESA.—Nos separaremos entonces.

ENRIQUE.—Eso, nunca; nunca. Sufriendo, con el alma destrozada, como sea, quiero vivir junto a ti. Pocas mujeres habrá en el mundo que puedan abrigar la certeza de ser amadas, como la tienes tú. Te quiero de un modo que en mi pecho parece que vibra el alma del universo.

TERESA.—Pues bien, Enrique. En nombre de ese amor; de tus promesas sagradas; en nombre del noble y sincero cariño que te profesó, vuelvo a pedirte que me respetes y que te sacrifiques por mí. Añade este motivo de reconocimiento a los muchos que de ti he recibido.

ENRIQUE.—Puesto que así lo quieres... Procuraré complacerte. Te respondo de mi propósito; no de mi voluntad. De esta mezoquina voluntad nuestra, casi siempre esclava de nuestros instintos.

TERESA.—Un hombre de honor no tiene más voluntad que su palabra.

ENRIQUE.—Pero un hombre enamorado, no tiene más voluntad que su pasión.

TERESA.—No destruyas en un momento de arrebatado todo un porvenir de felicidad.

ENRIQUE.—Un porvenir incierto, amargo, negro como la noche. Estás jugando conmigo; me estás haciendo juguete de tus ardidés de niña.

TERESA.—¿Qué horror! Basta, Enrique. Tu exaltación me aterra. Reprímate. No me hagas sufrir. Piensa que destruyes la posibilidad de que seamos felices.

ENRIQUE.—La felicidad es una mentira. Una mentira todo, el amor, la voluntad, las ilusiones... La vida es un suplicio... Es para volverse loco.

TERESA.—¡Dios mío! Enrique, por Dios.

ENRIQUE.—Este amor que siento por ti me ha hecho sufrir todas las amarguras de un calvario. No puedo más. No puedo. Y al fin de la jornada me encuentro solo, solo, como un apestado; solo con mi dolor y mi desgracia. Teresa, tú eres culpable también.

TERESA.—Perdóname si lo soy.

ENRIQUE.—Tú eres culpable también. No has debido traer a la boda semejante secreto. Debiste decirme antes. Cualquiera solución me hubiera parecido más humana que la de someterme a esta tortura.

TERESA.—Ya te he confesado mi error. Yo quería evitarte esa tortura. Pero me ha engañado el deseo.

ENRIQUE.—El deseo, la voluntad, que nos engaña a todos. Es cierto, retírate a descansar, Teresa. Aprovechemos este instante de serenidad para separarnos. Temo más que tú no poderme dominar.

TERESA.—Gracias con toda mi alma. Eres como yo esperaba, como yo te quiero.

ENRIQUE.—¿Como tú me quieres!

TERESA.—Como yo te quiero y te querré siempre.

ENRIQUE. (*Yendo hacia ella.*)—Teresa. Teresa mfa...

TERESA. (*Saliendo por la lateral derecha y cerrando tras sí.*)—Hasta mañana, Enrique.

ENRIQUE.—¿Teresa? ¿Teresa? (*Empujando la puerta.*) ¿Cerrada? Ah, Teresa. Abre. Estoy muy tranquilo. Chlaremos un rato.



No me dejes así. Abre. Responde, Teresa. Abre, en lástima de mi. Apíadate de mi dolor. Contesta al menos. ¿Teresa? (*Pausa breve.*) ¡Nada! Me desprecia..., me abandona... No. Eso no será; no puede ser. (*Golpeando furiosamente la puerta.*) Abre, Teresa. Eres mi esposa, mi esposa. ¡Te lo exijo!

#### ESCENA IV

ESPERANZA y ENRIQUE

ESPERANZA. (*Por la lateral izquierda.*)—¿Qué voces son esas, Enrique? ¿Qué pasa?

ENRIQUE. (*Echándose a los brazos de Esperanza.*)—¡¡Madre!!

ESPERANZA.—Explicame. Cuéntame lo que ocurre.

ENRIQUE.—No lo sé, madre. Una cosa horrible. Llámala tú. Llámala tú, a ver si a ti te hace caso. A mí no me contesta.

ESPER.—¿Pero a quién?

ENRIQUE.—¿A quién ha de ser? A Teresa.

ESPER.—Haré lo que tú quieras. Pero antes dime lo que ha ocurrido entre vosotros.

ENRIQUE.—Yo no lo sé. Ella te lo explicará.

ESPER.—Debes contármelo tú.

ENRIQUE.—No ha ocurrido nada. Que me huye.

ESPER.—Serénate. Estás excitado. Sentémonos. Tú junto a mí. Habla.

ENRIQUE.—Ya te lo he dicho. Teresa me ha pedido que la respete, que me comporte

con ella como si fuéramos novios, que espere...

ESPER.—¿Y por eso te sulfuras y gritas? ENRIQUE.—No tengo motivos? ¿Juzgas tú natural la conducta de Teresa?

ESPER.—Lo más natural del mundo. La pobre está cansada, rendida, muerta de sueño. Respeta su actitud. Conozco las inquietudes del alma de Teresa por Pilar, mi sobrina, a quien ella confió su secreto. En previsión de lo que pudiera ocurrir, estoy aún sin acosarme, aunque el sueño me vence también.

ENRIQUE.—¿Por qué no me lo digiste, madre?

ESPERANZA.—Porque no era necesario. Teresa podía cambiar, y te hubiéramos sometido a un suplicio estéril. Ahora es distinto. La tenemos aquí; la rodearemos de cariño, de bienestar.

ENRIQUE.—¿Qué crueldades nos reserva la vida!

ESPERANZA.—No entenebrezcas tu espíritu, hijo mío. Piensa que mi cariño es el único verdadero y desinteresado, y que el amor inagotable de mi corazón, es sólo para ti. Confía en mí que he de hacer todo lo posible para conseguir tu felicidad.

ENRIQUE.—¡Madre mía!

ESPERANZA.—Confía en mí. Teresa acabará por quererte con toda su alma. Es tu esposa y sabrá hacerlo. El amor no se conquista con imposiciones y violencias, sino con súplicas y sacrificios. Desde hoy, más que nunca, debes ser con ella cariñoso y bueno. Ella te querrá, niño de mis entrañas; ella te querrá.

ENRIQUE.—¿Que Dios te oiga!

ESPERANZA.—Cálmate. Así será. Dios oye siempre a las madres.

## JORNADA TERCERA

Rotonda de cristales en el palacio de Simancas. Palmeras y plantas de salón.

### ESCENA PRIMERA

ESPERANZA, TOMÁS y ANTONIO

TOMÁS (*Entrando por la lateral derecha con Antonio.*)—Buenas tardes, Esperanza.

ESPERANZA.—Queridó Tomás. Bien venido.

ANTONIO.—¿Sigue usted bien, señora?

ESPERANZA.—Perfectamente. Siéntense ustedes. ¿Qué tal el viaje?

TOMÁS.—Sin novedad.

ESPERANZA.—¿Cuándo saliste de Londres?

TOMÁS.—Hace cinco días. Nos hemos detenido tres en París. ¿Y Enrique y mi hermana?

ESPERANZA.—Teresa, muy bien. Más guapa que nunca, y Enrique convaleciente. Ya te enterarías del vuelco del automóvil.

TOMÁS.—Me lo escribiste Teresa. Realmente fué un milagro que Enrique se salvara.

ESPERANZA.—Un verdadero milagro de la Providencia. Por salvar a una pobre criatura viraron el coche contra el puente de San Fernando, y rodó al Manzanares. Unos obreros que merendaban en la orilla sacaron al "chauffeur" con la cabeza destrozada y a mi hijo moribundo.

TOMÁS.—¡Es horrible!

ANTONIO.—¡Qué desgracia!

ESPERANZA.—Ya pueden ustedes imaginar nuestro trastorno y el dolor que el accidente nos produjo.

TOMÁS.—El accidente ocurrió hace veinte días, ¿verdad?

ESPERANZA.—Hoy hace un mes.

TOMÁS.—En cuatro días se pondrá fuerte otra vez.

ESPERANZA.—Pensamos irnos al campo para que se reponga. ¿Y esos negocios?

TOMÁS.—A pedir de boca. Ya sabrás que vendí el Velázquez por medio millón de pesetas.

ESPERANZA.—No; no sabía nada. Además, no debe sorprenderte. Con el ajeteo de estos días no me he enterado de nada. Te felicito. Es un bonito negocio.

TOMÁS.—Para mí, excelente. Con este capital me propongo ampliar el negocio. Pienso organizar exposiciones de arte antiguo y moderno en Buenos Aires. Mañana saldrá Antonio para La Coruña, donde embarcará con rumbo a la Argentina, con objeto de realizar los trabajos preliminares.

ESPERANZA.—Repito la enhorabuena.

TOMÁS.—Muchas gracias. Antes de ir a Londres, me dijo Enrique que deseaba restaurar algunos cuadros.

ESPERANZA.—Sí; son retratos viejos de familia.

TOMÁS.—Antonio que es el especialista en restauraciones los verá, si te parece bien.

ESPERANZA.—Como gustes (*Llama.*)

TOMÁS.—Deseo saludar a Enrique y a Teresa.

ESPERANZA.—Es muy natural. Ya pensaba avisarles. Enrique está en el jardín con unos amigos. No creo que tarde en subir. A Teresa la llamaremos ahora. (*A un criado que aparece en la lateral izquierda.*)—Dígale a la señora que tenga la bondad de venir; que está aquí su hermano. Y acompañe al señor a la galería de retratos. (*Por Antonio.*)

ANTONIO.—Entonces, con su permiso...

ESPERANZA.—Vaya usted. Hasta luego. (*Antonio sale con el criado por la lateral izquierda.*)

## ESCENA II

ESPERANZA, TOMÁS y luego TERESA

ESPERANZA.—¿Cuándo te casas, Tomás?

TOMÁS.—Lo estoy deseando, pero me falta lo principal, la novia.

ESPERANZA.—Puedes elegirla a tu antojo.

TOMÁS.—No es tan fácil como tú supones, Esperanza, porque yo soy de los hombres que sólo se casan por amor.

ESPERANZA.—El día menos pensado te atra- pa una morena de trapío o una rubia de dul- ces ojos azules.

TOMÁS.—¡Ay! ¡Ojalá! Porque mi vida, desde que se casó Teresa, es un suplicio.

ESPERANZA. (Por Teresa, que entra por la lateral izquierda).—Aquí la tienes.

TERESA.—Querido Tomás. (Los dos herma- nos se abrazan.) ¿Cuándo has venido?

TOMÁS.—Esta mañana.

TERESA.—Recibí tu postal de París.

TOMÁS.—Me detuve tres días por cuestión de negocios.

ESPERANZA.—Os dejo un momento solos.

TOMÁS.—Para ti no tenemos secretos.

ESPERANZA.—Es que quiero decirle yo mis- ma a Enrique que estás tú aquí. Si envío a un criado, sus amigos podrían creer que les echo. Volveremos los dos en seguida. Hasta ahora. (Esperanza sale lateral derecha.)

## ESCENA III

TERESA y TOMÁS

TOMÁS.—Estás preciosa, Teresina.

TERESA.—¡Mucho!

TOMÁS.—Te prueba el matrimonio.

TERESA.—Es posible.

TOMÁS.—¿Cómo os lleváis tú y Enrique?

TERESA.—Bien.

TOMÁS.—¿Nada más?

TERESA.—¿Te parece poco?

TOMÁS.—Mira, fuera rodeos. Lo que trato de saber es si terminaron ya tus escrúpulos e inquietudes.

TERESA.—Sí.

TOMÁS.—¡Vaya! La enhorabuena. Como no te había vuelto a ver desde el día de la boda y por carta, no me atrevía a preguntarte el verdadero estado de tu ánimo, la ver- dad, estaba intranquilo.

TERESA.—Y tenías motivos para estarlo. ¡Si tú supieras!

TOMÁS.—Me alarmas. ¿Te ha ocurrido algo grave?

TERESA.—Te lo contaré todo. Necesito abrir mi pecho a una persona de mi absolu- ta confianza, y a nadie más que a ti, sólo a ti, puede referirte el trance doloroso del día de mi boda.

TOMÁS.—Cuéntame, si es que el recorda- ro no te apena mucho.

TERESA.—Me apena, sí, y me aterró en- tonces. Pero es que yo misma no sé cómo ocu- rrió aquello y por qué tuve el valor de hacer sufrir tanto a un hombre tan bueno como Enrique.

TOMÁS.—Para mi egoísmo de hermano, la cosa tiene menos gravedad si fuiste tú quien la provocó.

TERESA.—Yo fui, Tomás, yo, con una va- lentía salvaje, con una temeridad ciega. Nos casamos. Aquella misma noche salimos para Santander. Los pormenores del viaje ya los conoces por carta. Realmente la noche de bodas, fué la primera en que nos quedamos solos, ¡solos!, en que iba a ser suya, a caer en sus brazos. Cariñosamente, como pude, le rogué a Enrique que me respetara. Vien- do que era imposible conseguirlo, huí ence- rrándome en la alcoba.

TOMÁS.—¿Y él?

TERESA.—El me llamó con insistencia; me suplicó. Yo estaba como muerta. Me dejé caer vestida sobre la cama, y así estuve mucho tiempo, mucho, temblando de miedo y de frío, hasta que llegó el día. Entonces Es- peranza vino a verme. Me consoló. Me dijo que Enrique se había portado mal conmigo, —¡es una santa!—, y que me tranquilizara que en lo sucesivo nadie me molestaría. Me acostó como si se tratara de una niña, y se fué.

TOMÁS.—¿Y después?

TERESA.—¡Después!... Después he pasa- do tres meses crueles, en una zozobra constan- te. Imagínate mi situación en esta casa. Yo quise marcharme, huir; pero Esperanza se opuso. Ha sido una verdadera madre para mí. Motivos no tenía para quejarme. El mis- mo Enrique, que tantas razones de enojo po- día invocar contra mí, me trataba con un res- peto y una consideración que nunca le agra- deceré bastante. Así pasaba los días, sumida en un mar de dudas, triste, sola con mis in- quietudes.

TOMÁS.—¿Y la gente no sospechaba nada?

TERESA.—Nada. Enrique y yo salíamos al- gunas veces acompañados de Esperanza. En apariencia, nuestra vida no tenía nada de anormal. Pero en el fondo... Así transcu- rrió el verano en Santander. Como compren- dieras el viaje de boda que teníamos proyecta- do por el extranjero, quedó suspendido. Hace un mes que regresamos a Madrid. El mismo día que llegamos le ocurrió a Enrique el accidente de automóvil, que estuvo a punto de costarle la vida.

TOMÁS.—Ya conozco por Esperanza los de- talles.

TERESA.—Pues bien, a este infausto suceso, es probable, querido Tomás, que deba mi feli- cidad.

TOMÁS.—Explícate.

TERESA.—¡Pobre Enrique! Lo trajeron a casa moribundo, con un delirio loco, destro-

zada la cabeza que tenía llena de heridas. Estuvo dos días entre la vida y la muerte. Su madre y yo no nos separábamos un instante de su lecho. A los dos días se inició una crisis favorable, y el médico nos dijo que si no sobrevenia una complicación, confiaba en salvarle. ¡Qué alegría, qué alegría tan inmensa sentí! Yo comía y dormía junto a la cabecera de la cama, presenciaba las curas, le administraba los medicamentos a las horas prescritas. El pobre Enrique deliraba, deliraba siempre... Me llamaba a gritos, como en la espantosa noche de bodas; me juraba su amor desesperadamente, con una obsesión que me daba a entender que en su cerebro y en su corazón sólo vivían la idea y el sentimiento de su cariño por mí. Su voz dolorida inconscientemente, de enfermo, me removía las entrañas. Como si él pudiera darse cuenta de mis consue- los, yo le cogía en mis brazos, ¡en mis brazos!, y le apretaba contra mi pecho muy fuertemente, con toda mi alma, rendida de amor. Había ya desaparecido el miedo instintivo, la prevención que me inspiraba. Ante Dios y ante los hombres era mío, y retenerle en mi regazo me producía un bienestar infinito. Su madre, me sorprendió una vez besándole. Aquello le produjo una alegría extraordinaria. "El día que recobre el conocimiento, esa será la mejor medicina para curarle", me dijo.

TOMÁS.—¿Y por fin?

TERESA.—Por fin se inició francamente la mejoría y ahora está convaleciente, casi bien del todo.

TOMÁS.—¿Le curas con tus caricias?

TERESA.—No. El día que recobré el conocimiento me sentí cohibida, avergonzada en su presencia. Sin poderlo remediar, sólo entraba en su alcoba cuando era necesario. No me dejaba sosegar el remordimiento de los estériles dolores que le había causado.

TOMÁS.—Hubiera sido mejor que te arro- jases en sus brazos y que le dijeras que le amabas, llenando su pobre espíritu enfermo de la merecida ventura.

TERESA.—Pensé hacerlo, pero me faltó valor. Lo intenté varias veces, y cuando me acercaba a él, me abandonaban las fuerzas. Y así estamos. Enrique sigue lo mismo, de- ferente, atento conmigo. No sabe nada, pero de sus ojos huyó la tristeza y me mira lar- gamente, confiado, como quien espera de un momento a otro ser feliz.

TOMÁS.—Bien lo merece.

TERESA.—Sí. Pienso dedicarle toda mi vida en un sacrificio constante, si es preciso, para demostrarle la inmensidad de mi amor. Lo que me asombra más es que no le haya querido antes. ¡Y qué hermoso es querer, Tomás! El amor es una felicidad tan grande que hasta embellece el pensamiento de la muerte.

## ESCENA IV

TOMÁS, TERESA, ESPERANZA y ENRIQUE

ENRIQUE. (Con Esperanza, por la lateral derecha.)—Querido Tomás.

TOMÁS.—Hola, Enrique. (Se abrazan.) Restablecido del todo, ¿eh?

ENRIQUE.—Sí. Hecho un roble otra vez.

TOMÁS.—Buen susto nos diste a todos.

ENRIQUE.—Pues el que yo pasé al chocar contra el puente, no creas que fué menor.

TOMÁS.—Ya me lo figuro. ¿Y cómo ocurrió el choque?

ENRIQUE.—Porque el "chauffeur", para no aplastar a una niña que se nos interpuso en el camino, viró rápidamente, y lanzó el coche contra la baranda del puente. ¡El desgra- ciado encontró la muerte por salvar a aque- lla criatura, y aún yo mismo pude quedar allí muerto!

TOMÁS.—¿Y qué edad tendría la niña?

ENRIQUE.—Unos tres años.

ESPERANZA.—¿Qué padres!

TERESA.—¿Dejarla en un sitio de tanto pe- ligro!

ENRIQUE.—Donde, si no hubiéramos sido dos hombres de conciencia, seguramente la aplastamos. Pero, en fin, ya pasó. Mamá me ha dicho que ha realizado un negocio mag- nífico con el Velázquez.

TOMÁS.—Medio millón de pesetas.

ENRIQUE.—Me complace mucho. No ignoras que me interesan tus negocios como propios, Tomás.

TOMÁS.—No haces más que corresponder a mi afecto.

ENRIQUE.—¿Vas a estar mucho tiempo entre nosotros?

TOMÁS.—Un mes. Luego quiero recorrer al- gunos pueblos de Castilla...

ENRIQUE.—¿En busca de escondidos tesoro- s?

TOMÁS.—Quizá...

ENRIQUE.—Necesito que antes te ocupes de la restauración de los cuadros de que te hablé.

TOMÁS.—No lo había olvidado. Antonio, a quen traje con este objeto, los está examinan- do y yo mismo voy a ir a verlos ahora, des- pués de haberme dado el gustazo de salu- darte.

ENRIQUE.—El gusto ha sido mío, por todo. Esta noche comerás con nosotros y siempre que quieras. Esta es tu casa.

TOMÁS.—Así lo creo.

ESPERANZA.—Vamos, pues, Tomás. Te- acompaño.

TOMÁS.—Miel sobre hojuelas. (A Esperanza, confidencial, por Teresa y Enrique.) Esto marcha. ¿Verdad?

ESPERANZA.—A pedir de boca. (Esperanza y Tomás salen por la lateral izquierda.)

ESCENA V

TERESA, ENRIQUE y PILAR

ENRIQUE.—Ha venido muy bien, Tomás.

TERESA.—Ha mejorado de color, por lo menos.

ENRIQUE.—Medio milloncoje de pesetas, le sienta maravillosamente a cualquiera.

TERESA.—Calcula, y a mi hermano que no andaba muy sobrado de dinero, mucho más.

PILAR. (Por la lateral derecha.)—¡ Gracias a Dios, que os veo juntos una vez!

ENRIQUE.—Valiente novedad. Entre dos esposos, nada más natural.

TERESA.—Claro.

PILAR.—Es que vosotros, perdonadme la franqueza, no parecéis un matrimonio, sino dos amigos que se estiman mucho; dos hermanos, casi. Ni que decir tiene que aplaudo vuestra conducta. Esos matrimonios empalagosos, que se presentan en todas partes sonrientes, muy cogiditos del brazo, resultan inaguantables. La vida del hogar no es siempre risueña; la enturbian mil disgustillos insignificantes y esa felicidad absoluta de que presumen algunos matrimonios a los ojos de los demás, me parece de una refinada hipocresía.

ENRIQUE.—Estamos conformes.

TERESA.—Por otra parte, los matrimonios a que te refieres se ponen con frecuencia en ridículo, y la verdad no es muy agradable colocarse a sabiendas en condiciones de que la gente se refocile a nuestra costa.

PILAR.—¡ Bastantes chismes inventa la murmuración para cebarse en nosotros! Sin olvidar que esos matrimonios hipócritas sólo consiguen engañarse a sí mismos. Por las criadas se sabe todo, si el marido es de los que hasta averiguan el precio de las verduras, o si la mujer le tiene a ración en el tabaco, y otras muchas cosas bastante peores.

ENRIQUE.—Es verdad.

TERESA.—Y que se lo cuentan a una sin preguntarlo.

PILAR.—El día que un criado se siente confidencial hay que echarse a temblar. Y hablando de todo un poco. Me permitirás que te riña, Enrique, por egoísta. Tu mujer que ha sido siempre un modelo de memoria y de formalidad, está cambiando de una manera lamentable.

TERESA.—¿ Por qué lo dices?

ENRIQUE.—Conste que yo no tengo la culpa.

PILAR.—Lo digo, no te excuses, Enrique, porque hará quince días que me prometiste enviarme las doloras de Campoamor, y aun las estoy esperando.

TERESA.—En efecto; lo había olvidado. Voy a traértelas en seguida.

PILAR.—No te molestes, ahora.

TERESA.—En seguida. No quiero que se me

olvide otra vez, y de paso le diré a Tomás que estás aquí.

PILAR.—¿ Cuándo ha venido?

TERESA.—Hoy. Tendrá mucho gusto en verte.

PILAR.—Y yo a él. (Teresa sale por la lateral izquierda.)

ESCENA VI

PILAR y ENRIQUE

ENRIQUE.—Vamos a ver, Pilar. Supongamos que una de tus doncellas se haya sentido un día confidencial, como tú dices, y que te haya hablado de nosotros, de Teresa y de mí. ¿ Quieres tener la bondad de comunicarme cuanto te dijera la criada?

PILAR.—A mí nadie me ha dicho nada de vosotros.

ENRIQUE.—Te hablaba en hipótesis. Pilar, tú y yo nos conocemos desde niños; somos parientes; nos profesamos un afecto verdadero; por mi parte, yo te he querido siempre de veras...

PILAR.—¿ Sigues hablando en hipótesis?

ENRIQUE.—Con absoluta sinceridad. Todo ello me autoriza a pedirte que hables con franqueza. Por mi madre sé que tú conoces el secreto de nuestra vida. Teresa te lo confió antes de casarnos. De ignorarlo, lo hubiera adivinado hace un instante en tus palabras. Tú te complaces siempre en no decir las cosas claramente, pero en darte por enterada. Nada tiene de particular que tú sepas cuanto aquí ocurre. Eres nuestra íntima amiga; todos fiamos en tu discreción...

PILAR.—Mi discreción de poco puede servir en este caso. Lo ocurrido entre tú y Teresa es un secreto a voces. Es uno de esos episodios en que nadie cree y que todos comentan. Cada cual a su modo, pero todos diciendo: "Si no es posible". "Yo no lo creo", "Tendría gracia que fuera verdad."

ENRIQUE.—Sin embargo. Figúrate que no tuvieras más datos para juzgar que los comentarios de la gente... ¿ Qué pensarías?

PILAR.—Yo lo juzgaría absurdo.

ENRIQUE.—Dimelo con franqueza. ¿ Qué supone la gente de nosotros?

PILAR.—Supone la verdad.

ENRIQUE.—¡ La verdad! ¡ ¡ La horrible verdad!!

PILAR.—No te entristezcas. Ya te he dicho que nadie lo cree con certeza...; es tan inverosímil. Todo el mundo conoce tus conquistas amorosas, el partido que tienes entre las mujeres. De Teresa, ¿ quién ignora que hizo una boda ventajosa? Los rumores de la gente se apagarán poco a poco, a medida que la crónica diaria distraiga su atención. Vosotros seguid haciendo vuestra vida, y dentro de unos meses ya nadie pensará en lo ocurrido.

ENRIQUE.—¡ Qué desgraciado soy, Pilar!

PILAR.—No tienes motivos para considerarte desgraciado. ¿ Que Teresa no te quiere aún

lo suficiente para pertenecerte por completo? Eso no importa, Enrique... Día llegará en que lo consigas. Ella te quiere, te quiere; ná-dre como yo lo sabe, y no cometo ninguna incorrección al decirlo. Tú has sabido respetar sus escrúpulos, tratarla con la consideración que merece... Por gratitud y por cariño no tardarás mucho en poderla llamar tu esposa.

ENRIQUE.—¿Y hasta entonces, Pilar, qué peregrinación de dolor no habré pasado? Los consuelos de mi madre, los tuyos, no bastan. Poco me importa lo que diga la gente. Lo que me destroza el alma es mi amor ofendido, humillado, más inmenso en la amargura...

PILAR.—La vida es así.

ENRIQUE.—Si no me rebelo. Mis cuitas son más, sólo más. No sale de mi pecho la pesadumbre que me mata. A solas con mi desgracia, soy como un naufrago en alta mar. El buque que ha de salvarme no asoma por la línea del horizonte. La vida es así, dices. No lo ignoro. Pero esta tortura mía deben ser muy pocas las personas que lo sufran.

PILAR.—En hombres, no sé; es posible que sean pocos. ¡Pero en mujeres..., somos tantas las que hemos visto secarse en nuestro corazón un amor infeliz, como una planta sin agua! Vosotros, los hombres, podéis seguir libremente los impulsos de vuestro cariño. En cambio, nosotras, tenemos que someternos y padecer en silencio. El caso de Teresa se repite muchas veces. Lo que ocurre es que son pocas las mujeres que tienen el valor de afrontar la situación y de imponer su voluntad.

ENRIQUE.—Me estaba reservado a mí este suplicio... A mí, que le di cuanto tengo y soy a Teresa; ¡a mí! ¡Tristeza de amar! Superior a cuantas existen... Porque es amor sin objeto y tortura de no ser amado. Tedio, desesperación, orfandad, locura... El amor nos convierte en prisioneros de nuestro propio corazón, y sólo otro amor puede darnos la libertad, porque otro corazón enamorado nos ofrece horizontes sin límites en la luminosidad mañanera de su sentimiento sin límites. Mi enfermedad inspiró a Teresa una ternura circunstancial. Cuando abandoné el lecho, mi madre me contó la solitud y el cariño con que me había atendido durante mi dolencia. ¡A qué ocultarlo! Yo abrigaba esperanzas; sentía florecer nuevas ilusiones en mi espíritu. ¡Todo sueños! Teresa ha vuelto a su hostilidad resignada, a su indiferente mutismo.

PILAR.—¡Quién sabe! Es tan difícil descubrir en los demás sus verdaderos sentimientos. Nuestros ojos no pueden ver lo que pasa en el fondo de las almas. Nos imaginamos los afectos de los demás a imagen y semejanza de los nuestros! Y nos equivocamos con tanta frecuencia! Las verdaderas pasiones son hondas, calladas; nos siguen como la sombra al cuerpo, sin que lo advirtamos.

ENRIQUE.—Tú eres muy buena conmigo, Pilar. Tratas de consolarme. Te lo agradezco. Pero el escepticismo de mi desgracia me hace incrédulo. Yo no admito que puedan existir esas pasiones subterráneas. Ni creo, en la exacerbación de mis pesares, en que ha ya mujer alguna capaz de querer como es debido.

PILAR.—¡Pobrecito! ¡Qué sabes tú!

ENRIQUE.—Sí; lo sé. Yo hablo por mí. A mí nunca me ha querido ninguna mujer.

PILAR.—Te habrán querido más de lo que tú puedes imaginar.

ENRIQUE.—El recuerdo de un solo amor me consolaría. ¡Desdichado de mí!

PILAR.—Oyelo bien... Y olvídale en seguida. Yo sé de una mujer que te amó desesperadamente. Sin que tú te fijaras nunca en su cariño. (*Teresa aparece por la lateral izquierda con un libro en la mano.*) Te amó cómo se quiere por primera vez en la vida.

## ESCENA VII

DICHOS y TERESA

ENRIQUE.—¿Y quién era? Dime su nombre. Me hará tanto bien saberlo.

PILAR (*Ocultando la cara entre las manos, débilmente.*)—¡Yo!

TERESA.—¿Tú?

PILAR.—¿Teresa?

TERESA.—Pobre amiga mía. Aquí tienes las *Doloras* de Campoamor. Serénate. Has debido sufrir mucho. Debes apartarte de esta casa, que sólo tormento ha de producirte.

ENRIQUE.—Esta casa es la tuya, Pilar.

PILAR.—Perdóname, Teresa. No me guardes rencor. Hice mal; lo confieso. Le he pedido tantos sacrificios a este amor mío, que no me atrevo a reprenderle porque me haya traicionado una vez. Además, hoy amo con toda mi alma a mi marido, y no hay peligro en confesarlo.

TERESA.—Adiós, Pilar.

ENRIQUE.—Vamos.

PILAR.—Adiós, Teresa. (*Pilar y Enrique salen por la lateral derecha. Teresa, abstraída, consulta un periódico de modas.*)

## ESCENA VIII

TERESA y ANTONIO

ANTONIO.—Acabo de ver a Pilar y a Enrique en el jardín, y he supuesto que estabas sola.

TERESA.—¿Vienes tú del jardín?

ANTONIO.—No. Estaba en la galería de retratos.

TERESA.—¿Hay que restaurar muchos?

ANTONIO.—Cinco.

TERESA.—Y el viaje, ¿qué tal?

ANTONIO.—Una delicia. Nos hemos acordado mucho de ti. Siempre que veamos algo interesante o bonito, lo mismo Tomás que yo, solíamos decir; ¡Cómo le gustaría esto a Teresa! ¡Qué bien lo pasaría aquí Teresa!

TERESA.—Os lo agradezco.

ANTONIO.—Lo mismo Tomás que yo, te queremos tanto... Te echábamos de menos en todas partes, porque en todas partes pensábamos en ti.

TERESA.—Yo también me acordaba de vosotros con frecuencia.

ANTONIO.— ¡ Con frecuencia! ¿Por qué guardas esa actitud reservada conmigo? Por lo que hemos sido, por lo que aún podemos ser, me debes una sinceridad absoluta.

TERESA.—No te entiendo.

ANTONIO.—Es muy fácil. El día que me pediste consejo, antes de casarte, por considerarme indigno de ti y creer que estabas enamorada de Enrique, te dije, sacrificando mi cariño, que te casaras con él. Conozco perfectamente la tragedia de tu boda. Tomás me insinuó algo en Londres. Hoy mismo, al llegar, adquirí por completo la certeza de que no eres feliz. Sois la comidilla de todo el mundo.

TERESA.— ¡ Pobre Enrique!

ANTONIO.—Convéncete, Teresa: no puedes desoir la voz de nuestro corazón sin exponernos a grandes desgracias. Tú y yo nacimos para querernos, para ser el uno del otro. Supongo que después de tu desgraciado enlace estarás bien convencida de ello.

TERESA.—Al contrario. Te equivocas.

ANTONIO.—Bien sabes tú que no. Yo he sabido callar y sufrir. Pero hoy no puedo más. Mi vida te pertenece, y yo haré cuanto sea preciso para conseguir tu bienestar. Ahora que puedo hablarte noblemente, sábelo, Teresa, yo no he dejado un instante de quererte.

TERESA.—Gracias, Antonio. No insistas.

ANTONIO.—Atiéndeme, Teresa. Huyamos de aquí. Vente mañana conmigo a Buenos Aires. Allí comenzaremos una nueva vida y seremos dichosos.

TERESA.— Eso es imposible, Antonio. Hace un mes, quizá hubiera seguido tus indicaciones. Hoy te lo repito: es imposible.

ANTONIO.— ¿ Por qué?

TERESA.—Porque mi deber y mi amor están aquí.

ANTONIO.— ¿ Que tu amor está aquí?

TERESA.—En esta casa. Yo no creo que tú y yo hayamos nacido para querernos y ser uno del otro, sino para respetarnos. Así lo disponen los acontecimientos. Mírchate tu a Buenos Aires. Olvídame por completo. Edifica tu porvenir con nuevas ilusiones. Aún puedes ser dichoso.

ANTONIO.— De modo que aceptas tú gustosa el martirio que te espera?

TERESA.—La alegría que me aguarda. Te agradezco el cariñoso interés que me demuestras. Pero entre nosotros todo ha terminado. Ahora nos despedimos para no volvernos a ver más.

ANTONIO.—Como tú dispongas. Quise sólo salvarte...

TERESA.—Tu buen deseo no lo pongo en duda.

## ESCENA IX

DICHOS; ESPERANZA y TOMÁS

TOMÁS (Con esperanza, por la lateral izquierda).—Teresina, hasta luego.

TERESA.— ¿ Te vas?

TOMÁS.—Sí. Tengo que hacer unas cosas. Volveré pronto.

TERESA.—Muy bien.

ANTONIO.—Adiós, señora.

ESPER.—Buen viaje.

ANTONIO.— ¿ Teresa...?

TERESA.—A seguir bien, Antonio. Que tengas muchas suerte.

ANTONIO.—Gracias.

TOMÁS.—Hasta luego.

ESPER.—Aún está Pilar con Enrique en el jardín. (Teresa dará muestras de enojo.)

TOMÁS.—Les saludaré antes de irme. Adiós.

ESPER.—Adiós.

TERESA.—Que vengas pronto. (Tomás y Antonio salen por la lateral derecha.)

## ESCENA X

TERESA y ESPERANZA

ESPER.—Hace una tarde deliciosa. ¿Quieres que demos un paseo por la Casa de Campo, Teresa?

TERESA.—Con el mayor gusto.

ESPER.—Se lo diremos a Enrique, por si quiere venir. (Abriendo una ventana.) ¡ Enrique! ¡ Enrique! Oye: ¿quieres venir a la Casa de Campo con Teresa y conmigo? Bien. Encargaré el automóvil. (A Teresa.) Dice que sube en seguida. Yo voy a componerme un poco.

TERESA.—Yo estoy bien.

ESPER.—Tú estás bien siempre, hija mía.

TERESA.—Bueno.

ESPER.—Qué ganas tengo de que acabe vuestra separación. ¡ Vais a ser muy felices!

TERESA.— ¡ Oh, sí!

ESPER.—Me lo dice el corazón. Y éste no engaña. (Sale por la lateral izquierda.)

TERESA.— ¡ Ojalá!

## ESCENA XI

TERESA y ENRIQUE

ENRIQUE (Por la lateral derecha).— ¡ Y mi madre?

TERESA.—Ahora vendrá. Ha ido a arreglarse. (*Pausa breve.*)

ENRIQUE.—Teresa... No quería molestarte; me había propuesto pasar por alto el incidente de hace un rato; pero opino que será mejor que tengamos una franca explicación.

TERESA.—No deseo otra cosa.

ENRIQUE.—Sentiría mucho lastimar tu delicadeza, porque no es ese mi propósito. Debido, sin duda, a que sólo oíste el final de la conversación que tuvimos Pilar y yo, achacaste a una ligereza de tu amiga lo que era sólo una consecuencia natural del rumbo de nuestras palabras. Pilar me contaba, a petición mía, lo que opina la gente de nosotros, de la situación anómala en que nos encontramos, y con la noble aspiración de procurar algún consuelo a mi dolor, extremó, sin duda, al expresarse, la magnitud del afecto que me ha profesado desde niño. Su confesión era un bálsamo para mi amargura. No merecía por ella la destemplanza con que tú la acogiste.

TERESA.—Si hubo o no destemplanza en mi actitud, poco me importa. Una mujer digna no debe hacer nunca confidencias de esa clase.

ENRIQUE.—No quieres hacerte cargo de la situación.

TERESA.—Siento mucho decirte que tu vanidad satisfecha no te permite razonar claramente. ¿Delante de mí, en mi propio hogar, querías tú que yo consintiera que una mujer cortejase lindamente a mi marido?

ENRIQUE.—¿A tu marido? ¿Te acuerdas ahora de que eres mi mujer?

TERESA.—No lo he olvidado nunca. Yo podré haber sentido escrúpulos pueriles, dudas necias; quizá haya extremado la tiranía de mi voluntad, pero de eso a desconocer mis deberes de esposa media una gran distancia. Por tu decoro, que es el mío, cuando no por otras razones he sabido y sabré llevar siempre con orgullo el nombre que el día de nuestra boda me diste.

ENRIQUE.—La conducta de Pilar no merece tu reproche. Juzgas lo ocurrido con excesiva severidad. Ella misma habrá olvidado ya lo ocurrido; debes perdonarle ese momento de debilidad.

TERESA.—Sí; la perdono. ¡Aunque sólo sea por lo mucho que habrá sufrido por ti!

ENRIQUE.—¿Qué buena eres! Así te quiero: buena, como mi madre.

TERESA.—¡Infeliz de mí!

ENRIQUE.—Ya ves... a pesar de todo, de nuestra separación dentro del hogar, de la tristeza de nuestro vivir, del amargo divorcio de nuestras almas, no se amengua en mí la fiebre de amor que me consume. Oyeme, porque el respeto con que te trato me permite estas confidencias. Te quiero más cada día que pasa; pero no como antes. Mi cariño se idealiza, se acostumbra a volar por las alturas, como las almas de las penitentes en su retiro. Pierde mi amor su levadura humana para purificarse con los resplandores del misticismo. Y tú y mi madre sois las dos santas de mi devoción apasionada, las dos imágenes que adoro.

TERESA.—No merezco tu cariño, Enrique.

ENRIQUE.—Lo mereces y te lo profesaré

mientras viva en una renovación incansante.

TERESA.—Me he portado mal contigo. Tú hasta hubieras dado la vida por mí.

ENRIQUE.—Y la daría ahora.

TERESA.—En cambio yo ni siquiera supe sacrificarle una preocupación pueril. No eres tú quien debe hablarme de amor. Soy yo, yo, la que ha de arrancar con mi cariño inagotable los sufrimientos de tu alma.

ENRIQUE.—¡Teresa de mi vida!

TERESA.—Yo, la que debe purgar torpezas sin nombre y hacerte risueño, amable y delicioso el porvenir.

ENRIQUE.—¿Será posible tanta ventura?

TERESA.—Sí, Enrique; lo es. Te pertenezco por entero; soy tuya, tuya, con una vehemencia de pasión que me destroza el alma, porque no me cabe en ella.

ENRIQUE. (*Abrazándola.*)—¡Bien mío!

TERESA.—Así, junto a tu pecho, en tu regazo, ¡qué bien me encuentro! Te suplico que no pienses en el pasado...; olvídalo, Enrique. Si lo recordaras alguna vez, me mataría el remordimiento.

ENRIQUE.—¡Habla! ¡Habla!

TERESA.—¡Enrique bueno, esposo mío, alma de mi alma!

ENRIQUE.—¡Encanto de mis ojos!

TERESA.—Yo soy sola la que solicita tu perdón. Me espanta pensar en el suplicio que pasaste por mí. Dime que no me guardas rencor, ¡lo necesito!

ENRIQUE.—El odio y el cariño son incompatibles, Teresa.

TERESA.—¡Te amo, Enrique!

ENRIQUE.—Lo merezco. Tenía la seguridad de que llegaría este momento venturoso el día en que la pujanza de mi amor germinara triunfante en tu corazón.

TERESA.—Ahora, durante unos días, iremos a todas partes juntos, solos, los dos solos. Quiero que todo el mundo sepa que somos felices, muy felices tanto como merecemos serlo. Después nos iremos a recorrer el mundo, a realizar nuestro suspendido viaje de boda. ¡Viviremos el uno para el otro, siempre! (*Entritecida.*) ¡Siempre!

ENRIQUE.—Sí, siempre. ¿Por qué te entristeces?

TERESA.—Porque al decirte que viviremos siempre el uno para el otro he recordado que, como a ti Pilar, hace un momento también Antonio me habló de su cariño.

ENRIQUE.—¿Otra vez?

TERESA.—Tiene disculpa. Le habían dicho que yo era desgraciada, y creyó que su afecto podría hacerme dichosa. No volverá a insistir en sus pretensiones. Yo te lo aseguro.

ENRIQUE.—¿Le habrás dicho...?

TERESA.—Lo que debía. Como yo perdóné a Pilar, absuelvo tú al pobre Antonio. Me apenó el recuerdo de esos dos seres a quienes hace desdichados nuestra felicidad.

ENRIQUE.—Es una ley fatal de la vida. Por eso hay que hacer del sacrificio una virtud que llene de alegría nuestro corazón. El orgullo de la victoria lo empaña siempre. La amargura de los vencidos. Pero la vida, que es implacable en sus designios, no es hostil constantemente. A todos les llega su hora de ventura. Para conocer en este mundo la ver-



dadera felicidad, es preciso saberla esperar.

TERESA.—¡ Enrique!

ENRIQUE.—No te atormente el dolor de los caídos. Para ellos también llegará el momento de gozar de las delicias de la existencia. Ten presente lo mucho que tú y yo hemos sufrido para llegar a este instante de suprema ventura. Lo importante es saber amoldarse a los imperativos de la vida. Desecha preocupaciones. Somos dichosos, y la vida nos acoge en su seno. Sigamos su marcha triunfal.

TERESA.—¡ Enrique mío!

ENRIQUE.—Teresa de mi alma!

## ESCENA X

### DICHOS y ESPERANZA

ESPER. (*Por la lateral izquierda.*)—¡ Por fin!

ENRIQUE.—¡ Madre! ¡ Madre! Mira, Teresa me quiere, me quiere.

ESPER.—¡ Gracias, Dios mío! Procura ser siempre digno de ella.

ENRIQUE.—Lo seré.

ESPER.—Y tú, Teresa, si comete alguna falta, extrema las bondades para con él.

TERESA.—Lo haré así

ESPER.—Qué bienestar siento. Venid. Quiero abrazaros. (*Teniéndolos contra su pecho.*) ¡ Hijos míos, que Dios os haga muy felices!

*Vicente Almela Mengot.*

# Servicios de la Compañía Trasatlántica

## Línea de Cuba-Méjico.

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para la Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña, Gijón y Santander.

## Línea de Buenos Aires.

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires a Montevideo.

## Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New York.

## Línea de Venezuela-Colombia.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabaniña, Curagao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico; Canarias, Cádiz y Barcelona.

## Línea de Fernando Pó.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Pó haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

## Línea Brasil-Plata.

Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo, para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

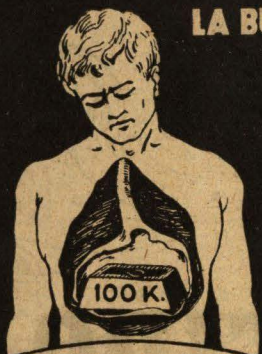
Además de los indicados servicios la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New York, puertos Cantábricos a New York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

**LAS FECHAS DE SALIDA SE ANUNCIARÁN CON LA DEBIDA OPORTUNIDAD**

LA BUENA DIGESTION ES LA FUENTE DE LA SALUD



V. TIENE UN PESO EN EL ESTOMAGO

Sus digestiones son largas y dolorosas  
 V. siente mareos, vertigos, ardores  
 Todas estas enfermedades desaparecen por el uso regularizado del

DIGESTIVO *Jost* EN PEQUEÑOS SELLOS

ES EL REY  
 contra todos los enfermedades del estomago.

DIGESTIVO

*Jost*

ASEGURA

UNA BUENA DIGESTIÓN

Y CURA TODAS LAS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

EN CAJAS DE { Un sello 0,30  
 12 sellos 3,00

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS: SUCESORES DE STEINFELDT - CALLE DEL PRADO 15 - MADRID

## Los Muchachos

Están preparando

GRANDES  
 CONCURSOS

y muchas novedades.

Comprados todos los  
 domingos

NÚMERO:

20 CÉNTIMOS

# PECHOS

DESARROLLO, BELLEZA y ENDURE-

CIMIENTO EN DOS MESES con

PILDORAS CIRCASIANAS.

Dr. Brun. Inofensivas. Aprobado por eminencias médicas. ¡32 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 ptas. frasco. MADRID, Gayoso, E. Durán, Pérez Martín; ZARAGOZA, Jordán; VALENCIA, Cuesta; GRANADA, Ocaña; SAN SEBASTIAN, Elzaurdy, Tornero; MURCIA, Selquer; VIGO, Carrascal; MALLORCA, «Centro farmacéutico»; ALICANTE, Aznar; CORUÑA, Rey; SANTANDER, Sotorriolo; SEVILLA, Espinar; VALLADOLID, Llano; BILBAO, Barandiarán; HABANA, Sarrá; TRINIDAD, Bastida; PANAMA, «Farmacia Central»; CIENFUEGOS, «Cosmopolita»; CARACAS, Daboin; QUITO, Ortiz; MANAGUA, Guerrero; BARRANQUILLA, Acosta-Madiedo; PUERTO RICO, J. Comas Peyork; MANILA, Juan Gaspar, Mendoza, 150.-Mandando 6/50 pesetas sellos a Pousarxer, Viladomat, 104. Apartado 481, BARCELONA, remítese reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito.

DESCONFIAD DE IMITACIONES





LA BUENA ES LA FUENTE DE LA FUENTE

# NEUTRÁCIDO ESPAÑOL

VENCE de modo íntegro y permanente las enfermedades de estómago, hígado e intestinos.

Remedio seriamente científico y *único en el mundo*, por su eficacia y originalísima composición (azufre, calcio y carbono coloidales). *No contiene* los nocivos BISMUTOS, BICARBONATOS, MAGNESIAS, COCAÍNA, MORFINA, etc., que integran todos los demás específicos para el estómago. *No produce* estreñimiento y *lo suprime* totalmente. *Cura*, así, el *exceso* como *la falta* de ácidos. *No obliga* al régimen lácteo y permite en breve plazo *comer de todo*, con digestión perfecta. *No tiene* sabor alguno. Nacido al impulso de tenaces trabajos de Clínica y Laboratorio, ha conquistado su prestigio definitivo por la constante formulación que le dispensa nuestra cultísima clase médica.

Frasco: 6 pesetas

También se expenden frascos dobles (medio litro) a 10 pesetas



GARANTIAS  
MÉDICAS

El docto profesor de la Facultad de Medicina de Cádiz y eminente médico, Doctor Enrique Rounclot, dice

*Hace varios años que vengo utilizando el producto «Neutrácido Español» en mi clínica particular, habiendo obtenido en su empleo éxitos maravillosos, en el tratamiento de los enfermos afectados de Hiperclorhidria, enfermedad de Rachmann, úlcera de estómago y duodeno, dilatación de estómago y atonía pilórica. Considero pues al «Neutrácido Español» como un medicamento originalísimo inofensivo, sero y digno de ser ensavado en las afecciones citadas.*

Solicite Vd. del concesionario exclusivo

D. José Marín Galán, Arjona 4.—Sevilla, un notabilísimo y lujoso folleto que le será remitido gratuitamente.